

Casarse con un jeque

TERESA SOUTHWICK

Novias del Desiert

LDS

Título original: *Título*
Teresa Southwick, 2000

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



En cuanto Kamal Hassan la tuvo entre sus brazos, Alí Matlock le entregó su corazón. Aunque el jeque era el soltero más codiciado del mundo, Ali quería algo más que la apasionada aventura que le ofrecía. Kamal tenía la obligación de casarse y dar un heredero a su país. Y desde aquel mágico beso, supo que Al¡ era todo lo que deseaba en una mujer… y en una esposa. Y si no tenía cuidado, acabaría pronunciando las dos palabras que ella tanto deseaba escuchar: «cásate conmigo».

Cuidado con los jeques atractivos… y los jardines iluminados a la luz de la luna.



Teresa Southwick

Casarse con un jeque

Jazmín 1872

Novias del desierto - 3

ePub r1.0

LDS 16.03.16

Capítulo 1

ERA IGUAL de fácil amar a un hombre rico que a un hombre pobre. Si lo que una buscaba era amor. Ali Matlock no lo estaba buscando. Había decidido tomarse un descanso en eso del romance y centrarse en su carrera profesional. Para ello había viajado desde Texas hasta la otra parte del mundo en busca del trabajo de su vida. Iba a trabajar en un hospital construido por un jeque y ganaría tres veces más de lo que cobraba una enfermera en su país. Pero lo mejor de todo era la oportunidad de correr aventuras en El Zafir, un lugar mágico y misterioso.

Mientras ordenaba el equipo médico en la sala de enfermeras del área de Maternidad, oyó que se abrían las puertas del ascensor y que bajaba Kamal Hassan, el príncipe de la corona y jeque de El Zafar. Llevaba un traje muy elegante y estaba muy atractivo. Seguramente, también lo estaba sin el traje.

Pero ella nunca lo sabría, a pesar de que cinco meses atrás la había besado en los jardines del palacio bajo la luz de la luna. Pero la vida le había enseñado a no confiar en los hombres, y menos en los que besaban a una mujer que estaba a punto de estar comprometida.

El se detuvo a hablar con uno de los trabajadores del hospital y ella aprovechó para observarlo. Tenía el cabello negro. Era alto y atractivo. Tenía los ojos oscuros y una nariz aristocrática. Los pómulos prominentes y la tez aceitunada. La forma de su boca era maravillosa, y ¡desde luego sabía utilizarla! Al recordar el beso que habían compartido le dio un vuelco el corazón y, al mismo tiempo, recordó que tenía que tener cuidado con los príncipes vestidos de etiqueta.

Ali había conocido a su tía, la princesa Farrah Hassan, en el mes

de enero, cuando la mujer visitó el lugar donde ella trabajaba en Texas. La princesa había ido a visitar a Sam Prescott, un viejo amigo de la familia que era el dueño de Prescott International. Mientras estaba allí, sintió un dolor en el pecho que resultó no ser de importancia. Farrah había insistido en que Ali aceptara viajar en marzo con todos los gastos pagados a El Zafir, para hablar sobre un trabajo en el hospital que su sobrino estaba construyendo. A Ali le había resultado imposible rechazar la invitación a pesar de que no tenía intención de aceptar el puesto, y había asistido a un baile benéfico que se celebraba en El Zafir.

Aunque quedó encantada con el país y con el trabajo que le ofrecían, no aceptó la oferta. Porque estaba enamorada. Pero eso era historia pasada. Ya sólo le interesaba su carrera. Al menos, si no podía tener amor, correría aventuras. ¿No estaba bien que pudiera combinar ambas cosas en El Zafir? Trabajo y aventuras, eso era lo que necesitaba.

Y no podía quitarse la sensación de que un jugador clave en su aventura estaba situado a poca distancia de ella. ¿A causa del beso? Al recordar el tacto de sus labios, sintió un nudo en el estómago. Pero estaba segura de que, desde aquella noche, él no había pensado en ella ni una sola vez. Lo más probable era que ni siquiera recordara su nombre. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella pertenecía a otro mundo muy distinto al suyo. Entonces, ¿por qué la había besado?

Él terminó la conversación y miró hacia donde estaba Ali.

—Hola —le dijo.

—Alteza —dijo ella, y apretó el bolígrafo que tenía en la mano.

Él se acercó y se detuvo a su lado sin dejar de mirarla. El aroma de su loción de afeitar invadió la habitación y Ali sintió que se le humedecía la palma de las manos.

—Me alegro de verla de nuevo, Alexandrite.

—Gracias. Recuérdeme que no subestime su capacidad de recordar detalles insignificantes, como un nombre que no deberían haberle puesto a nadie.

—Al contrario. Su nombre es precioso. Es una joya, ¿no es así?

Ella asintió.

—Pero Ali es mucho más sencillo.

—Al contrario. Creo que Ali es muy complicado —al cabo de un instante, miró a su alrededor—. ¿Qué le parece?

—¿El hospital? En una palabra, impresionante.

El primer día de trabajo se lo habían enseñado. Recordaba las columnas y los suelos de mármol del recibidor, el mostrador de la recepción de madera de cerezo… La sala de urgencias, el laboratorio y la sala de rayos X que se encontraban en la planta baja. Las oficinas en la primera, y más arriba, las habitaciones y la UCI, con el equipo más moderno del mercado. Era un edificio de siete plantas con tecnología punta.

—Una buena palabra. La más apropiada —comentó él con una sonrisa y arqueando una ceja.

El brillo de sus ojos denotaba el orgullo que sentía y Ah comprendía por qué. Hasta los ascensores estaban enmarcados en oro. Ali no podía decir si era de catorce quilates, pero —eso no tenía importancia.

La familia real de El Zafir tenía mucho dinero. El príncipe estaba decidido a proporcionarle a su país la mejor tecnología médica de Occidente, para ofrecerle a su pueblo los mejores cuidados en tema de salud. Era casi como una obsesión, y Ali se preguntaba por qué.

En su última visita, había hablado durante largo rato con la princesa Farrah, pero la tía del jeque no le había contado los motivos, si es que los había, de la obsesión del príncipe. Después de que su tía fracasara, él trató de convencer a Ali para que aceptara el trabajo, pero, entonces, había rechazado.

—Esta mañana, mi tía me informó de que había llegado —dijo él, mirándola fijamente.

—Hace una semana —confirmó ella.

—¿Ha conocido a la enfermera jefe? —le preguntó.

—Me ha caído muy bien.

—Siento haber tenido que contratar a otra persona para el puesto que le ofrecí en un principio. Pero cuando rechazó mi oferta…

—Estoy encantada de que todavía quedara algún puesto vacante, Alteza. El puesto de enfermera responsable del área de Maternidad es una oportunidad estupenda.

—¿No está desilusionada por el hecho de no poder añadir algo más prestigioso a su currículum? Por lo que recuerdo, eso le resultaba tentador —dijo esbozando una sonrisa.

Ali sintió que se le aceleraba el pulso al ver que su comentario

no hacía referencia alguna a que él le resultara tentador. No iba a decirle que con uno de sus besos podía tentar a cualquiera. Probablemente ya lo supiera. Después de todo, tenía fama de ser un playboy.

Metió las manos en los bolsillos de la bata blanca que llevaba sobre unos pantalones verdes.

—En realidad, la idea de aceptar ese trabajo me ponía un poco nerviosa.

—No lo comprendo. Tiene una licenciatura en Enfermería, ¿no es así?

—Sí. Una licenciatura de cinco años. Pero un título no sustituye a la experiencia. Cuando llegue a lo más alto de mi profesión, necesitaré ambas cosas.

—¿Cuándo? —los ojos le brillaban con inteligencia—. ¿Está segura del futuro?

—He estudiado mucho y trabajado duro. Soy buena en lo que hago. La princesa Farrah insistió en que estoy preparada. Quiero pensar que tiene razón. Pero me da la sensación de que me ha ofrecido este trabajo porque es difícil conseguir que alguien venga a trabajar aquí desde la otra punta del mundo. Sé que mi edad podría ser un problema. A los veinticinco, encontraré dificultades a la hora de dirigir a enfermeras que tendrán mucha más experiencia que yo.

—Mi padre accedió al trono de este país a la misma edad.

—Eso es diferente.

—Sin duda —dijo él, y metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Ser enfermera jefe es un juego de niños en comparación.

—Quizá sí, comparado con gobernar un país. Pero sigue siendo un reto —dijo ella, tratando de no ponerse a la defensiva.

—No lo discuto. Y no estoy subestimando lo que usted hace. En mi país no hay suficientes profesionales de la salud para cubrir los puestos del hospital. Da igual cuál sea el salario, tiene razón acerca de que es difícil encontrar personal cualificado que esté dispuesto a dejarlo todo para venir aquí a trabajar. Estoy en deuda con usted.

Ella no tenía nada que dejar y, desde que su madre murió un año atrás, tampoco tenía familia. Excepto un padre al que no veía desde hacía años.

—Estoy deseando enfrentarme a los retos de mi nuevo trabajo.

—Mi tía confía plenamente en su capacidad para ejercerlo de manera ejemplar. —La princesa Farrah es muy amable.

—Y al parecer, más persuasiva que yo. Puesto que fue ella quien la convenció de que aceptara el trabajo en El Zafir.

—Es cierto que cambié mi opinión acerca del trabajo —dijo Al¡—. Hace unas semanas me puse en contacto con ella para ver si había algún puesto vacante. La princesa fue muy amable y me ofreció uno diferente.

—Su prometido debe echarla mucho de menos.

Ella lo miró con incredulidad. ¿Es que no tenía nada más importante que hacer aparte de recordar lo que ella le había dicho hacía más de un año?

—¿Mi prometido?

—Sin duda. La noche en que la acompañé al baile benéfico mencionó que estaba a punto de comprometerse. Si no recuerdo mal, sus palabras exactas fueron que su prometido no daría saltos de alegría si usted aceptaba un trabajo en la otra parte del mundo.

«El príncipe se acuerda demasiado bien», pensó Ali. Por desgracia, al regresar a su país, había descubierto que Turner Stevens, y ella no tenían la misma idea acerca del compromiso.

—Alteza, resulta que…

—Llámame Kamal.

—No me parece apropiado.

—En privado, como ahora, es perfectamente admisible. Y si yo lo deseo, así será.

—Kamal —dijo ella, preguntándose si él siempre conseguía lo que deseaba—. Resulta que…

—¿Qué? —preguntó él.

Ella suspiró.

—Que las noticias de mi compromiso fueron algo exageradas.

—¿Cómo?

—Rechacé su oferta de trabajo porque creía que el .hombre con el que llevaba saliendo mucho tiempo iba a proponerme matrimonio.

—¿Y lo hizo?

Ali sintió un nudo en el estómago y notó que la rabia y el dolor se apoderaban de ella, además de un fuerte sentimiento de vergüenza. Pensó en contarle una mentira, pero enseguida descartó

la idea. Mentir al futuro rey no sería cosa buena.

—Sí, lo propuso. Pero no a mí.

Kamal frunció el ceño y comentó:

—¿Así que la estupidez del canalla hizo que El Zafir saliera ganando?

—Que frase tan bonita.

—Resulta que, después de todo, te conozco bien.

Ali recordaba que él le había dicho que ella no habría ido a visitar su país si tuviera claro que no deseaba aceptar la oferta de trabajo. Ella le había preguntado que si creía que la conocía tan bien. Y resulta que estaba en lo cierto. Ni siquiera la princesa Farrah la habría convencido de visitar El Zafir si ella no hubiera estado interesada en la oportunidad que le ofrecían. ¿Es que en el fondo contaba con la posibilidad de que la propuesta de matrimonio no fuera para ella? No. De haber sido así, la traición de su prometido no la habría afectado tanto.

—Qué bien que con una sola noche puedas saber cómo soy —dijo, con mayor brusquedad de lo que deseaba—. ¿Y qué te trae por aquí hoy? —preguntó para cambiar de tema.

—Vengo aquí todos los días —dijo él, y entornó los ojos.

Entonces, ¿cómo no lo había visto antes? Quizá su tía acababa de contarle que Ali había llegado. Su idea de correr una aventura se trasladaba a terrenos exóticos. Y no incluía enamorarse de un hombre que besaba a una mujer que estaba comprometida. Era demasiado inteligente para eso.

—Ya veo —Ali agarró una carpeta que estaba sobre las cajas que los separaban—. Me alegro de volver a verte, Kamal. Ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo que hacer.

—Haré todo lo posible para que tu estancia en El Zafir sea lo más agradable posible.

—Gracias.

Mientras lo observaba marchar, Ali no pudo evitar desear que no tuviera la espalda tan ancha y la zancada tan larga. Porque hombre rico, hombre pobre, ladrón… daba igual. Amar a un hombre no era fácil. Punto.

Aunque sus vidas no tenían nada en común. Él era gobernador de un país. Y a ella la habían contratado para dirigir el área de Maternidad de su hospital. Y si eso no le bastaba para convencerse,

ninguna de las fuentes que había consultado acerca de El Zafir, hablaba de la posibilidad de que su aventura en el extranjero incluyera un romance con un apuesto príncipe.

Ali Matlock era una distracción.

Kamal había llegado a esa conclusión porque su reunión había durado más de lo habitual. Y la culpa era de ella. Los ministros de educación y finanzas le habían tenido que repetir las cosas dos o tres veces porque él no podía concentrarse por culpa de la atractiva estadounidense. Era una debilidad que le costaría mucho superar.

Cuando salió de la sala de reuniones y se dirigió a la zona del palacio donde se encontraban los aposentos familiares, miró el reloj. Sin duda, se había perdido la revisión preparto de su hermana Johara. La joven estaba embarazada de ocho meses, consecuencia desafortunada de su rebeldía adolescente. Tras un primer enfrentamiento, el rey había ignorado a su hija. Y el padre del bebé había tenido la audacia de matarse en un accidente de moto antes de que Kamal pudiera obligarlo a que se casara con su hermana. A cambio, Kamal le había prometido a Johara que siempre podría contar con él.

Ese día no había roto la promesa, pero la había estropeado.

Se detuvo frente a la puerta de las habitaciones de su hermana y llamó antes de entrar. Cuando su tía le dio permiso para que entrara, obedeció, contento de que la mujer estuviera allí con su hermana.

Atravesó el recibidor y entró en el salón. Su tía Farrah estaba sentada en el sofá semicircular que había en el centro de la habitación y Penny y Crystal, sus cuñadas, estaban con ella.

—¿Ha venido el doctor? —preguntó Kamal a su tía.

La mujer lo miró sujetando una taza de porcelana en la mano.

—Sí.

—Ha venido y se ha ido —dijo Penny—. Se disculpó por no esperarte. Pero tenía que regresar al hospital.

La pequeña mujer rubia de ojos azules había cautivado el corazón de su hermano cuando trabajaba de secretaria para él. Rafiq, el encantador de la familia, se había enamorado enseguida y le había pedido que se casara con él. Aunque todavía no se le

notaba, Penny estaba esperando un hijo.

—Me he retrasado —explicó él.

—Qué buena excusa —dijo Crystal—. Creo que te valdría cualquier excusa para evitar un cosa así.

—¿Qué cosa?

—Ya sabes —Crystal sonrió y demostró que lo estaba pinchando —. Los cuidados de la embarazada, tobillos hinchados, retención de líquidos.

—Ah —dijo él, con media sonrisa.

Se fijó en la melena rojiza de Crystal. La habían contratado como niñera de los gemelos de su hermano Fariq y, enseguida, su hermano y ella se habían enamorado. Ambos esperaban un hijo para finales de año, pero apenas se notaba que estaba embarazada.

Kamal sintió un poco de envidia. Sus hermanos ocupaban el segundo y tercer puesto para subir al trono. Podían permitirse enamorarse. El no. No tenía intención de permitir que nada lo distrajera de las responsabilidades que tenía con el país y su pueblo. Para él, el matrimonio era sólo un deber que había que cumplir, pero el amor no se vería implicado.

—¿Dónde está Johara? —preguntó Kamal

—En la otra habitación —contestó Farrah.

—¿Qué ha dicho el doctor?

—Que quiere verla una vez a la semana hasta que dé a luz.

—¿Por qué?

—Es lo habitual durante el último mes de embarazo —frunció la frente—. Tiene la tensión un poco alta. Todavía cree que no es para preocuparse, pero nos ha pedido que lo llamemos si tenemos alguna duda o preocupación.

Él asintió. El embarazo y el parto eran lo más natural del mundo. A menos que hubiera una complicación. Él había visto morir a la madre de Johara cuando había dado a luz. Tratando de no pensar en ello, miró a las tres mujeres que estaban en el sillón. Dos de ellas tenían un brillo inconfundible.

—¿Puedo preguntar por vuestras revisiones?

—Todo bien —le informó Penny—. Ya no tengo náuseas y estoy bien.

—Yo también. —dijo Crystal—. Mi único problema está en el peso. Tengo que comer menos postres y más proteínas.

—Comprendo, bella mujer.

—Kamal, eres un adulador desvergonzado. Igual que tu hermano. Aunque Fariq no permitía que me diera cuenta en un principio.

Penny se rió.

—Eso era antes de que descubriera tu disfraz.

«Una época interesante», pensó Kamal. Su tía había ido a una agencia selecta de Nueva York para contratar a una niñera para los niños de su hermano, preferiblemente una mujer corriente que no llamara la atención para evitar que se rompiera la armonía del palacio. Había regresado con dos empleadas que habían cautivado a sus hermanos. Kamal se dio cuenta de que su tía también era la responsable de haber llevado a Ali Matlock para que trabajara en el hospital, y se preguntaba si debía estar preocupado. Decidió no estarlo. Ya había conocido a la mujer que conseguía distraerlo de su trabajo. Ali no era más que eso, una distracción y él no permitiría que fuera algo diferente.

Pero se suponía que debía tener herederos. Y pronto. Su padre y su tía Farrah le lanzaban indirectas cada vez más claras.

Crystal suspiró.

—¿Sabes que la primera vez que conocí a Fariq me dijo que las mujeres bellas eran una mala distracción?

—No —se apresuró a decir Kamal. No podía permitir que ella se enterara de que minutos antes él había pensado lo mismo. Pero Alí había hecho que perdiera la concentración. Por fortuna, ella trabajaba en el hospital y no en el palacio. Era poco probable que lo distrajera por segunda vez.

Justo entonces, la risa de una mujer llegó hasta sus oídos, antes de que la princesa Johara llegara al salón. Tras ella, entró la mujer que él consideraba una distracción no bienvenida. Ali Matlock.

—¡Kamal! —su hermana se acercó a saludarlo.

El la besó en ambas mejillas.

—¿Cómo estás, pequeña?

—No tan pequeña —dijo, y se cubrió el vientre con las manos—. ¿Te ha contado la tía Farrah lo que ha dicho el médico? ¿Lo de mi tensión? —preguntó con un brillo de preocupación en la mirada.

—Me han informado —él miró a Ali.

Iba vestida igual que horas antes en el hospital. Llevaba la

melena color caoba recogida en un moño, pero varios mechones caían alrededor de su rostro y acariciaban su largo cuello. Sus ojos de color marrón verdoso, con brillos dorados, lo miraban con atención.

Seis meses antes, él la había visto vestida con traje de noche. Durante los meses siguientes, había pensado en ella muchas veces, pero no comprendía por qué. Era una mujer como cualquier otra. Entonces, ¿por qué no había sido capaz de olvidarla?

—Volvemos a encontrarnos —dijo al fin.

—Así es. Puesto que trabajo en el área de Maternidad, el doctor McCullough quería que hoy fuera su enfermera. Él ha regresado al hospital, pero mi turno ya ha terminado y la princesa Johara insistió en que me quedara con ella después de la visita a domicilio —miró a su alrededor y se rió—. Y vaya domicilio.

—La primera vez que vi el palacio pensé que debía dejar un rastro de miguitas para encontrar el camino de regreso —dijo Penny.

—Ya me lo han contado —dijo Crystal—. Pero créeme, caminar es bueno para la cintura.

—A menos que seas tan grande como una casa —dijo Johara.

—Mientras no haya ninguna complicación, caminar es bueno cuando se está en estado. 0 debería decir: en vuestro estado —Al¡ sonrió mirando a las demás—, conjunto de princesas embarazadas.

Todos se rieron. Incluido Kamal.

—Deberías hacer eso más a menudo —le dijo Alí—. La gente tendría menos posibilidades de salir corriendo de la habitación.

—Nadie sale corriendo por mi culpa…

—Algunas sí tienen que correr —Penny se puso en pie—. Esta princesa tiene una cita con el ministro de Educación. Espero que tenga buenas noticias para mí —añadió, mirando a Kamal.

—Se han destinado fondos suficientes para tu programa de educación infantil —le informó Kamal.

—Excelente —se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla —. Te veré en la cena.

—Espera —dijo Crystal, poniéndose en pie—. Yo también he de irme.— Los gemelos estarán a punto de terminar la clase de arte. Me encanta ver sus dibujos —besó a Kamal en la mejilla—. Adiós a todos. Ali, encantada de conocerte. Estoy segura de que volveremos

a verte pronto.

—Será un placer para mí —contestó ella.

—Me temo que yo también he de marcharme —dio la tía Farrah —. Ali, gracias por venir. Si hay algo que necesites mientras estés trabajando en el hospital, házmelo saber.

—Gracias, Alteza.

Cuando todas se marcharon, Kamal se quedó con las dos mujeres. Una estaba muy embarazada, y la otra hacía que se pusiera nervioso. La risa que ella le había provocado, lo había desarmado.

—Kamal, Ali me ha pedido que le enseñe mis aposentos. Me alegro tanto de que esté aquí. El doctor me ha asustado. Dijo que tener la tensión alta durante el embarazo podía poner en peligro al bebé.

—Y a ti —le advirtió Alí—. Pero vamos a evitar problemas. Es importante que estés tranquila.

—Estaba muy tranquila —dijo la chica—. Hasta que el médico me contó todas las cosas horribles que le podían pasar a mi bebé. Pero tú has hecho que me sienta mejor.

—Me alegro.

—Si me disculpas un momento, tengo que… —miró a su hermano—. Necesito…

—¿Ir al baño? —Ali terminó la frase por ella.

—¡Sí! —Johara miró a su hermano—. Hazle compañía a Ali. Y sé amable con ella.

—Siempre soy cordial —dijo él. Era la segunda vez que insinuaban que su formalidad podía ser intimidante. Su hermana salió de la habitación y lo dejó a solas con Alí—. Me gustaría saber la verdad —dijo él—. ¿Lo de la tensión es algo grave?

—El doctor McCullough se toma los embarazos muy en serio. Igual que yo.

—Yo también. ¿Pero mi hermana corre peligro?

—No inmediato. Todo lo que le he dicho es completamente cierto. No tenéis por qué estar alarmados.

—Al contrario. Cuando una mujer está embarazada, siempre hay que preocuparse. La madre de Johara murió por complicaciones en el embarazo. Nos dijeron que era una cosa extraña, pero aun así falleció. Mi hermana tenía cinco años.

—Lo siento —dijo consternada—. No lo sabía.

—Sucedió hace muchos años. Pero sobre mi hermana. Es muy joven… apenas es una adolescente. Pensaba que la juventud era algo positivo.

—Al contrario. Las adolescentes tienen mayor riesgo de sufrir hipertensión a causa del embarazo. Si no se trata, puede provocar ataques.

—¿Qué puede hacerse al respecto? —preguntó él.

—Reposo en cama. Darle medicación si fuera necesario. Un síntoma sería que se hinchara…

—Mi hermana tiene los tobillos hinchados. A menudo dice que está reteniendo suficiente agua como para que aumentara el nivel del mar de Omán.

Ali sonrió.

—Eso es normal. Pero no lo sería si se le hinchara el rostro y las manos. Tienes que observarla por si…

Johara regresó al salón con una mano en la zona lumbar

—No puedo creer que dentro de unas semanas voy a ser madre. Por un lado estoy deseando ver al bebé y tomarlo en brazos, pero por otro, me da miedo el proceso de traerlo al mundo.

—Todo irá bien —le aseguró Ali.

—La tía Farrah dice que no duele. Pero no sé si creerla.

—La gente tolera el dolor de manera diferente —dijo Ali, tratando de ser diplomática.

—Ella nunca ha dado a luz —dijo Kamal.

—Ah. Eso hace que su opinión no sea válida —Ali rodeó a Johara con el brazo y la guió hasta el sofá. Después se sentó junto a ella—. Yo tampoco he tenido hijos nunca, pero he presenciado muchos partos y puedo contarte mis impresiones. Hay dolor. Pero también hay medicación para que el dolor no sea tan fuerte. La semana que viene, cuando veas al doctor otra vez, podemos hablar de ello. Saber es poder. Cuánto más sepas, sentirás que tienes más control sobre la situación.

—Estoy de acuerdo —dijo Johara—. ¿Qué opinas tú, Kamal?

—Lo que Ali dice tiene sentido. Ella ha estudiado y trabaja en esa área. Tienes que estarle agradecida porque haya decidido trabajar en nuestro país.

—Lo estoy. Pero me gustaría… —Johara bajó la vista.

—¿Qué te gustaría, pequeña? —preguntó él.

—Me gustaría que mi madre estuviera aquí.

Kamal trataba de comprender. Su madre también había muerto cuando él apenas era un niño de diez años y no recordaba lo que era apoyarse en otra persona. Porque esa fue la primera vez que había visto a su padre mantenerse fuerte y no perder el control. Cinco años más tarde, el rey se casó con la madre de Johara y también la perdió. Tuvo que enfrentarse a la muerte de otra esposa amada y pagó un alto precio por ello. Fue entonces cuando Kamal prometió que nunca sucumbiría ante el amor.

Kamal se sentó junto a su hermana, le sujetó la barbilla e hizo que lo mirara.

—Si pudiera hacer que volviera, lo haría sin pensarlo.

—Tampoco tengo padre… —dijo con tristeza.

—Sí lo tienes…

—No. Ya lo oíste. Cuando se enteró de que estaba embarazada dijo que ya no era su hija. Desde entonces, sólo ha hablado conmigo lo estrictamente necesario. Y siempre enfadado. Lo he avergonzado y nunca me perdonara por ello. Soy peor que la muerte para él.

Kamal temía que su hermana estuviera en lo cierto.

—Dale tiempo, Johara. Hasta entonces, quiero que sepas una cosa. No estás sola. Yo siempre estaré a tu lado.

—Eres tan bueno conmigo. Hay algo que me gustaría pedirte —dijo ella, tomándole la mano.

—Sólo tienes que decírmelo, hermanita, y haré todo lo posible para dártelo. Pídeme lo que quieras.

—Quiero que Ali viva en el palacio y esté conmigo hasta que nazca el bebé.

Capítulo 2

¿QUEDARSE en el palacio?

Ali no se había imaginado esa posibilidad. Estúpido, pero cierto. Se sentó en el sofá semicircular y pensó que había aventuras y aventuras. Para eso había ido a El Zafir.

También por eso había aceptado acompañar al doctor a la visita domiciliaria. La oportunidad de ver el interior del palacio era irresistible. Pero ¿quedarse allí todos los días? Una chica corriente de Texas. Eso era una aventura demasiado grande.

—Johara, ¿es eso realmente necesario? —le preguntó Kamal a su hermana—. El médico de palacio está aquí y…

—Él no es especialista en obstetricia.

—Alí tampoco —señaló él.

—Pero Ali trabaja con mi médico. Sabe de estas cosas y me siento a gusto con ella.

—Está bien, pequeña. Soy tu hermano. Me gustaría apoyarte en todo lo posible y pensaba que conmigo no tendrías problemas.

La princesa apoyó la cabeza en el hombro de su hermano.

—No quería ofenderte. Pero en un momento como éste, una mujer necesita a otra mujer a su lado.

—Tienes a Penny y a Crystal —dijo él—. Estoy convencido de que estarán encantadas de poder ayudarte.

—Están recién casadas y no tienen formación sanitaria. Además, no quiero entrometerme en su felicidad.

—Están casadas con tus hermanos, quienes están tan preocupados como yo por tu bienestar.

—No me gustaría alejar de mis hermanos a sus esposas, cuando deberían centrarse en el comienzo de sus nuevas vidas. Y familias.

Ali observó a los dos hermanos. La reacción del príncipe

heredero le parecía muy interesante. Hasta ese momento, no se le había ocurrido que la realeza pudiera tener las mismas reacciones que los demás. Pero ¿cuál era el problema?

Quizá tuviera que ver con la línea invisible que separa a la realeza de los comunes. Él era cordial y educado, pero quería mantenerla a distancia.

Ali levantó la mano y dijo:

—Perdonadme, pero…

—¿Puedo sugerirte a la tía Farrah? —besó a su hermana en la cabeza—. Es una mujer soltera y ha sido como una madre para ti desde que murió la tuya.

—Nuestra tía se ha portado muy bien conmigo. Pero no tiene ninguna experiencia en el tema de los hijos —protestó Johara—. Como bien dijiste, nunca ha tenido un hijo.

—Alí tampoco —dijo él, y la miró.

Ella se sonrojó. ¿Cómo podía excusarse para que los hermanos hablaran del tema en privado?

No le gustaba estar presente y que todos hablaran de ella como si no estuviera allí.

—Ya. Pero ya hemos comentado que es enfermera especializada en partos. Ha presenciado muchos y tiene experiencia en el tema. Si está en el palacio por las noches, me tranquilizará. Y el médico ha dicho que debo estar tranquila. ¿Por qué dudas, Kamal?

Una buena pregunta. Ali se preguntaba lo mismo. El la miró, pero su expresión era indescifrable.

—Ali ha venido desde la otra punta del mundo y se ha alojado en el complejo para estadounidenses. Sería presuntuoso pedirle que interrumpiera su vida una vez más. Además, el palacio está más lejos del hospital.

—A cinco minutos más —protestó Johara—. Diez como mucho.

—Sería una imposición imperdonable, hermanita. No es como si estuvieras sola de verdad.

—No hay nada de malo en preguntárselo.

Kamal le dio un beso en la mejilla.

—Creo que debes descansar. Pareces fatigada.

—Estoy un poco cansada —admitió.

—Yo me encargaré de todo —dijo él—. Ve a tumbarte. No temas. No te pasará nada. Yo me ocuparé.

—Ali, gracias por haberte quedado conmigo. Te lo agradezco de veras.

—De nada.

Cuando su hermana salió de la habitación, Kamal se puso en pie y se colocó al otro lado de la mesita de café.

—Te pido disculpas si la petición de mi hermana te ha hecho sentir incómoda.

No era la petición sino su actitud lo que la había molestado. Pero no era apropiado decírselo a un príncipe. Y menos a un príncipe cuyo proyecto prioritario era el hospital donde ella trabajaba. Si él decidía despedirla, ¿quién se lo impediría?

No se acabaría el mundo porque ella perdiera su trabajo, pero desde luego supondría un problema a la hora de consolidar su futuro.

—Tu hermana no tiene que disculparse por nada.

—¿Quieres decir que yo he hecho algo que merece una disculpa? —preguntó él arqueando una ceja.

—La princesa Johara es joven y está embarazada y asustada. Sólo ha dicho que quería que me quedara con ella. Eso no me ha hecho sentir incómoda. Ha sido tu reacción lo que me ha desconcertado. ¿Por qué no quieres que me quede con ella

—No me importa. Sólo quería que mi hermana comprendiera que no puede descabalar la vida de la gente a su antojo. Algunas personas se sienten intimidadas y no se dan cuenta de que está permitido rechazar una petición de un miembro de la familia real.

—No te preocupes por mí. No me intimidáis —mintió—. Puedo hablar por mí misma y decir que no.

—Entonces, le diremos que no puedes aceptar su invitación para que vivas aquí en el palacio hasta que dé a luz.

—No es eso lo que quería decir. Puedo aceptar la invitación. Es sólo que no estoy segura de querer hacerlo.

—¿Es eso? —preguntó él sorprendido.

—Has supuesto que sabías lo que yo iba a hacer. Si quieres conocer mi respuesta, pregúntamelo.

Kamal arqueó las cejas. Enderezó el cuerpo y separó un poco los pies. Era como si estuviera dejándole claro que el jefe era él y que ella no lo había arrinconado en una esquina.

—Como desees —dijo él—. ¿Aceptarías la propuesta de mi

hermana para que vivas en el palacio hasta que ella dé a luz? Antes de contestar, quiero advertirte que mi hermana estará bien cuidada si decides contestar que no.

Estaba claro. El quería que rechazara la propuesta. Pero Ali era la dueña de su destino y nadie tomaría decisiones por ella.

—Estaré encantada de aceptar la invitación de la princesa Johara.

Antes de que pudiera evitarlo, Kamal se puso tenso y entornó los ojos. Él no quería que se quedara en el palacio real. ¿Y por qué iba a querer? Ella no pertenecía a la clase de la realeza. Ni siquiera era una buena hija. Su padre la había abandonado a ella y a su madre para casarse con una mujer de clase alta.

Pero aunque Kamal conociera su historia, ¿cuál era el problema? El palacio era tan grande que no tenían por qué encontrarse. El no tendría que verla. De pronto, se percató de cuánto deseaba quedarse.

—¿Mi hermana corre peligro inminente?

—Si me estás preguntando si es necesario o no que me quede en el palacio, la respuesta es no. Lo único que conseguiremos con mi presencia es que la princesa esté tranquila.

—No me gustaría interferir con las labores del hospital para las que has sido contratada.

—Eso no será un problema. Siempre que Johara sepa que tengo que trabajar. Si se conforma con que esté aquí después del trabajo, aceptaré la invitación.

—Muy bien.

—De acuerdo —asintió Ali. Aunque no sabía cómo sería la vida en palacio, aquello le parecía una aventura emocionante. Y si se encontraba con Kamal por el pasillo, él podía ignorarla si quería. Ella sonreiría y lo saludaría, porque una persona nunca se equivoca siendo educada.

—Informaré a mi tía de que vas a trasladarte al palacio.

—¿Ocurre algo, Kamal? —su tía Farrah estaba sentada bebiendo un refresco antes de la cena. —Por supuesto que no. ¿Por qué lo preguntas? —Te conozco desde que naciste. Desde que eras pequeño, cuando algo te preocupa, la vena de tu frente comienza a

palpitar. Y ahora está palpitando.

—Bromeas —dijo él, y se llevó la mano a la frente. —¿De qué quieres hablar que no puedes esperar a que nos juntemos para la cena? —De Ali Matlock.

—Menos mal —murmuró ella.

—¿Perdón?

—He dicho fenomenal. —¿El qué?

—He hablado con Johara. Ella me dijo que iba a pedirle a Ali que se quedara con nosotros en el palacio hasta que naciera el bebé. Creo que es una idea estupenda.

—¿Lo crees?

—Después de lo que dijo el doctor, estaré más tranquila si hay una enfermera profesional en el palacio.

—Ya hay un médico altamente cualificado en el palacio —le recordó él.

—Cierto. Pero tener una enfermera especializada en maternidad tranquilizará a Johara. Y he de admitir que, aunque el doctor no pretendía asustarnos, me quedé preocupada después de que le hiciera la revisión a tu hermana.

—Yo también.

También estaba intrigado por la enfermera estadounidense. Desde el principio había notado que era una mujer sincera. Después, se había dado cuenta de que también era peleona. Estaba seguro de que si no se hubiera enfrentado a él, habría sido capaz de olvidarla. Y, durante los meses siguientes, vivirían bajo el mismo techo. Tenía que decidir qué le parecía eso.

—Kamal, ¿me has oído?

—Lo siento, tía. Estaba pensando en cosas importantes.

—Yo también. ¿Alí ha aceptado quedarse?

—Sí. Vendrá después de trabajar en el hospital y se quedará aquí hasta que mi hermana tenga el bebé. —Pediré que preparen la habitación contigua a la de Johara —dijo la tía de Kamal con brillo en los ojos.

—Muy bien. Si no hay nada más, dejaré el resto de detalles en tus manos y te veré en la cena —se volvió para marcharse.

—Espera, Kamal. Ya que estás aquí, hay otro tema que me gustaría tratar contigo.

—¿Sí?

—Tu padre me ha consultado sobre el tema de tu esposa.

—No tengo esposa.

—Sí. Eso es lo que lo preocupa.

—No comprendo por qué tiene que hablar de mi estado civil contigo.

—Porque te niegas a casarte y está preocupado.

Ya es hora; Kamal.

—No estoy de acuerdo.

—Ya no eres tan joven. Es tu deber, como príncipe de la corona, casarte para tener herederos al trono.

—Sé cuál es mi deber. Pero no veo motivos para adelantar el proceso.

—Tu comportamiento lo demuestra. —¿A qué te refieres?

—Has salido con muchas mujeres, pero no pareces interesado en ninguna de ellas.

«Hasta ahora», pensó él recordando el brillo de los ojos de Ali. Deseaba que ella fuera como el resto de las mujeres que él había conocido.

—No quiero precipitarme. Me gustaría que la unión fuera duradera.

—Te repito que te conozco desde que eras un bebé. Sé que dudas por otros motivos. Soy consciente de que eres muy sensible.

—Ese sentimiento implica una debilidad que no puede permitirse el hombre que asumirá la responsabilidad de gobernar un país.

—La línea de sucesión pasaría al hijo de tu hermano, si fuera necesario. Pero eso sería el último recurso. Eres el príncipe heredero, y probar es tu obligación.

—Lo he hecho, tía Farrah. Pero la mujer que elija ha de tener ciertas cualidades.

—Ya te lo he dicho, tienes que hacer todo lo posible por tener herederos. ¿Qué pasos vas a seguir para encontrar una esposa que pueda proporcionártelos?

—No te preocupes, tía, haré lo que se espera de mí.

—No lo has hecho hasta el momento. ¿Por qué he de creer que lo harás ahora?

—Porque mi padre lo desea.

—Eso es cierto. Me ha encargado que me ocupe de que cumplas

pronto tu deber. Debo preguntarte cómo vas a tratar de encontrar a una mujer adecuada para el matrimonio. Si necesitas ayuda, yo podría…

—No la necesito —respiró hondo y trató de contener su enojo.

—Sólo quería ayudar. ¿Quieres que te presente una lista con posibles candidatas?

—Elegir una esposa no es como contratar a un empleado. Ella debe reunir ciertas cualidades, y yo soy muy capaz de encontrar a una candidata adecuada.

—Como desees —dijo ella—. Pero es imperativo que comprendas lo preocupado que está tu padre.

—Creo que lo comprendo.

—No. Pero escucha esto. Si no eliges una esposa en un plazo de tiempo que el rey considere aceptable, la elección dejará de ser tuya.

—Tenía entendido que los matrimonios concertados eran algo del pasado en El Zafir —dijo él, tratando de mantener un tono neutral.

—Sólo porque se han convertido en algo innecesario. Pero si continúas retrasándolo, la práctica puede ser fácilmente reinstaurada.

—Muy bien. He comprendido el mensaje —tragó saliva.

Se despidió de su tía y regresó a sus aposentos para cambiarse para la cena. De pequeño, su padre siempre le decía que la responsabilidad va unida al poder. De observar a su padre, Kamal había aprendido que la sensibilidad emocional era un fallo indeseable. Nadie comprendía el deber mejor que Kamal Hassan. Haría lo que esperaban de él. Pero antes tendría una última aventura. De pronto, la imagen de Ali Matlock ocupó su pensamiento.

Capítulo 3

ALI DECIDIÓ que cenar en el palacio real era como caerse en la parte profunda de una piscina sin saber nadar. Una cosa era estar a solas con Kamal, pero cenar con toda la familia real en un enorme comedor le resultaba intimidante.

Se sentía como si estuviera en otro planeta. Observó las lámparas de araña que colgaban del techo, los arreglos florales que había sobre la mesa, la cubertería y todo lo demás que había en la habitación.

Miró a la princesa Farrah que estaba sentada en un extremo de la mesa. La mujer estaba hablando con su sobrino Rafiq y con Penny, su esposa. El rey Gamil estaba en la cabecera de la mesa hablando con Fariq y Crystal sobre las oportunidades que El Zafir ofrecía a los inversores extranjeros. Kamal estaba sentado entre Johara y Ali. Ella no sabía de qué hablar. Una cosa era cuidar a una adolescente que estaba a punto de ser madre y otra muy distinta tener que cenar con toda la familia de la joven. En la universidad había aprendido que para enfrentarse al pánico escénico a la hora de dar una conferencia, un truco era imaginarse al público en ropa interior. Se fijó en Kamal y estudió la ropa que llevaba. De pronto, comenzaron a temblarle las manos. Una cosa estaba clara, imaginarse a Kamal en ropa interior no la ayudaría a superar el momento.

—¿Ali?

—¿Hmm? —desvió la mirada hacia la princesa Farrah—. Disculpe, ¿qué me decía, Alteza?

—He dicho que me alegro de que hayas aceptado venir a cenar con nosotros esta noche. Queríamos darte la bienvenida y hacer que tu primera noche en palacio fuera memorable.

—Yo… —se aclaró la garganta—. Le aseguro que es una experiencia que nunca olvidaré —contestó.

—,¿Tus habitaciones te parecen cómodas? —preguntó la princesa.

—¿Hay algo que necesites? —preguntó el rey.

Ali dejó el tenedor de oro a un lado del plato de porcelana. Ni siquiera se sentía capaz de probar el postre.

—Mis habitaciones son maravillosas —dijo ella, imaginando cómo era su dormitorio.

El salón daba a un balcón con vistas al mar de Omán. El dormitorio tenía muebles de madera de cerezo y el suelo de mármol. ¿Cómo no iba a gustarle? Era la mejor habitación que había tenido nunca.

Johara se echó hacia delante para poder verla y le dijo:

—Me alegro de que puedas quedarte aquí. Me tranquiliza mucho tenerte cerca. Yo…

—Farrah —el rey Gamil interrumpió a su hija y se dirigió a su hermana—. ¿Hay algún avance en el tema que estuvimos hablando el otro día?

Ali miró a la princesa adolescente y vio que se había sonrojado cuando su padre actuó como si no estuviera allí. Se había puesto tensa y su mirada indicaba resentimiento. Ali no pudo evitar sentir lástima por ella. Pero antes de que pudiera pensar en lo que acababa de suceder, la princesa Farrah se puso a hablar.

—Kamal y yo hemos hablado de ello. Tengo muchas esperanzas acerca de que a partir de ahora las cosas irán mejor.

—¿Podemos saber qué cosas? —preguntó Penny.

—Probablemente no, cariño —respondió Rafiq—. Así que cambiaré de tema —miró a su hermana—. Johara, ¿cómo te sientes?

«¡Bien!», pensó Ali. Sólo porque su padre pretendiera que ella no estaba allí, el resto de los hombres no tenían por qué hacer lo mismo.

—Grande —contestó la joven, y se miró el vientre—. Estoy deseando que nazca el bebé.

—Me lo imagino —dijo Crystal—. A mí apenas se me nota y no puedo esperar para sujetar a mi hijo entre mis brazos.

Fariq la miró.

—Mi esposa es una madre estupenda. Me lo ha demostrado con — Hana y con Nuri.

—Los gemelos la adoran —dijo Penny—. Pero después de ver lo incómoda que está Johara, voto por acortar el periodo de gestación.

—Haré un edicto —dijo Kamal—. Y lo enviaré al gabinete de gobierno de El Zafir. Veremos qué se puede hacer para satisfacer tu petición.

—Sí —convino Johara—. Estoy de acuerdo.

El rey se aclaró la garganta.

—Crystal y Penny, ¿vosotras estáis bien? Tengo entendido que el médico vino ayer.

—Penny y yo estamos bien —dijo Crystal.

Ali trató de pensar algo para añadir a la conversación. Era un tema que dominaba. El rey había sido amable con ella a pesar de que fuera la enfermera de su hija.

—Alteza, debe estar muy ilusionado con la idea de tener tres nuevos nietos casi a la vez —dijo al fin.

El rey Gamil, la miró y dijo:

—Sólo voy a tener dos nietos.

Ali sintió que el corazón se le aceleraba al ver que Johara tenía los ojos llenos de lágrimas y esperó a que alguien saliera en su defensa. Crystal y Penny parecían tan asombradas como ella. Los hombres fulminaban a su padre con la mirada, pero no decían nada. Ali no podía permanecer callada.

—Johara es su hija. Cuando dé a luz dentro de un par de semanas, su hijo también será su nieto.

—Señorita Matlock… Ali —dijo él rey—. No espero que comprenda esto, pero yo ya no tengo una hija.

—No puede decirlo en serio —dijo ella—. Sé que no es la situación ideal, pero…

—Ella está aquí debido a la insistencia de sus hermanos y de su tía. Pero eligió darme la espalda al ignorar todo lo que nos enseñaron sus antepasados. No puedo perdonarla.

—No fue así, padre —Johara dejó la servilleta sobre la mesa—. Me enamoré.

Como si no hubiera dicho nada, el rey dio un sorbo de café y se dirigió a Kamal.

—¿Cómo van las cosas en el hospital?

—Padre, ¿eres consciente de que el médico ha dicho que Johara está en un momento delicado? Su estado puede verse muy afectado por el estrés. Ella necesita tu apoyo…

—Su estado es que está embarazada y no tiene marido. Me ha avergonzado.

—Pero, Alteza —intervino Ali—. Johara es muy joven. ¿Usted nunca cometió un error a su edad?

—Como visitante en nuestro país, no puedes comprender la situación. Las acciones deshonrosas tienen sus consecuencias.

Johara se puso en pie.

—El rey es muy estricto en sus creencias. Se niega a admitir que los tiempos están cambiando, incluso en El Zafir. Puesto que no puedo convencerlo de ello, debo centrar toda mi energía en mi bebé.

Salió de la habitación y todos quedaron en silencio.

—Los tiempos están cambiando —dijo Kamal al cabo de un instante.

«Sin duda, la chica ha cometido un error», pensó Ali. «Pero desde luego está pagando por ello». Johara estaba pasando por una de las experiencias más memorables que puede tener una mujer y tenía que enfrentarse a la desaprobación de su padre. Ali cruzó los dedos bajo la mesa y deseó que el príncipe heredero le dejara claro que era un insensible.

—Algunas cosas no deben cambiar —dijo el rey.

—Padre, mi hermana está en un momento delicado. Sin duda, tu actitud contribuye a su nerviosismo y eso puede causarle daño a ella y al bebé.

—No te metas en esto, Kamal —ordenó el rey—. Siempre has sido un débil en lo que a ella se refiere. Este comportamiento es inaceptable para el hombre que me sustituirá en el trono de El Zafir.

Ali se fijó en que el rey no mencionaba el nombre de su hija ni se refería a ella como hermana de Kamal. Era como si no fuera parte de su familia. Miró a Kamal y esperó a que se enfrentara a su padre. Su mirada desprendía rabia y tenía la mandíbula tensa, pero no dijo nada más.

¿Dónde estaba el héroe que había visto el día anterior? ¿Ése que no quería que lo arrinconaran en una esquina?

Kamal encontró a Ali en los jardines del palacio. Paseaba de un lado a otro murmurando para sí mientras inhalaba el aroma de las flores. Las estrellas brillaban en una noche sin luna. Aquél era uno de los lugares favoritos de Kamal y, a menudo, acudía allí en busca de tranquilidad.

Alí no se había percatado de su presencia y seguía paseando como si fuera un gato enjaulado. Cuando se detuvo al final del camino, se volvió y descubrió que Kamal la estaba observando.

—Te estaba buscando —dijo él al ver su cara de furia.

Ella se acercó y se detuvo frente a Kamal. —Johara? ¿Está bien?

—He dejado a mi hermana hace un momento y se encontraba muy bien.

—Entonces, me buscabas por lo que ha sucedido en la cena —dijo Ali en tono desafiante.

—Así es —confirmó él.

—Tengo que explicarte una cosa —dijo ella, mirándolo a los ojos. —¿Sí?

—Lo paso mal cuando veo que alguien abusa de su poder. Cuando alguien se mete con otro, siempre defiendo al más desprotegido.

—Me he dado cuenta.

—Sé que actúo de manera impulsiva, pero, creo que sólo cuando tengo razón. Como esta noche, por ejemplo.

—¿Qué quieres decir?

—Está mal que tu padre ignore a su hija. Ella me había comentado algo, pero hasta que no lo he visto con mis propios ojos, no lo había creído —lo miró a los ojos—. Johara ha cometido un error —continuó—. Nadie lo niega, ni siquiera ella.

—Lo sé.

—Si él no puede apoyarla, al menos, que no se lo ponga más difícil. Es más, si de verdad la ha repudiado, ¿por qué estaba cenando con toda la familia? ¿Por qué no la ha enviado a algún otro lugar?

—Tendrás que preguntárselo a mi padre.

—Probablemente crea que es lo mejor. Si ella permanece aquí, él puede ignorarla y recordarle que ha cometido un error.

—¿Crees que es un hombre cruel?

—Creo que la forma en la que trata a su única hija es cruel.

—Es complicado —suspiró Kamal—. Pero él la quiere mucho. Es más, es su favorita…

—Tiene una manera curiosa de demostrarlo. Me cuesta creer lo que dices.

—Pensaba que no lo comprenderías. Pero recuerda, un cambio de actitud requiere tiempo y mi padre es de otra generación. Es muy conservador y valora mucho el honor de la familia.

—No me parece muy honorable darle la espalda a un miembro de la familia, a alguien que se supone has de querer.

Su tono de voz hizo que Kamal se preguntara si Ali tendría motivos personales para defender así a su hermana.

Estaban hablando de amor. Un concepto demasiado complejo que él había conseguido evitar. El afecto que se siente por la familia era algo muy claro y directo. Sin embargo, no lo eran los sentimientos que se tejen entre un hombre y una mujer.

—Amor es igual a debilidad —dijo él—. Mira lo que le ha pasado a mi hermana por culpa del amor.

—¿Crees que es débil por ceder ante lo que sentía por un hombre?

—Sólo te diré que un rey no puede permitirse ser débil.

Ali colocó las manos sobre sus caderas y Kamal se fijó en cómo el vestido le resaltaba las curvas.

—¿Lo que quieres decir es que un rey no puede enamorarse?

—Ocurre, pero no es recomendable.

—¿Y cómo se evita?

—Con fuerza de voluntad —esperaba que ella hiciera un comentario. Al ver que sólo negaba con la cabeza, continuó—. Ahora, respecto a tu comportamiento en la cena…

—No voy a disculparme.

—No iba a pedirte que lo hicieras.

—Si quieres que me marche del palacio, lo haré. Pero no voy a decir que lo siento por haber expresado mi opinión… ¿Qué has dicho?

—Que no es necesario que te disculpes.

—Entonces, ¿para qué me estabas buscando?

—Has defendido a mi hermana.

—Y he de advertirte que lo haría otra vez bajo las mismas circunstancias.

—Quería darte las gracias.

—No es tu trabajo. La pregunta es por qué no la defendiste tú. Sé que lo intentaste y que tu padre te ordenó que no te metieras. Obedeciste. ¿Por qué?

—No lo comprenderías.

—Inténtalo. He oído cómo le decías a Johara que siempre la apoyarías. Pero cuando tu padre se metía con ella, tú la dejaste de lado.

Kamal la observó un instante. Era una mujer impulsiva y no comprendería que hay que esperar el momento.

—Por respeto a mi padre, era necesario que permaneciera en silencio.

—¿Y eso no te parece una debilidad?

—Desagradable, pero no débil.

—Es una diferencia de conceptos. Supongo que tenemos que estar de acuerdo en estar en desacuerdo. Y prometo que en el futuro trataré de controlar mi comportamiento impulsivo.

—No lo hagas por mí —dijo él. Estaba preciosa. Y si era a causa de su comportamiento impulsivo, no le importaba que lo mostrara más veces.

Kamal se acercó a un banco cercano—. ¿Quieres sentarte conmigo?

—Debo regresar al palacio. Tengo que ir a ver a Johara y mañana tengo que trabajar.

—Sólo un rato. Si mi hermana necesita algo, te llamarán.

—De acuerdo. Se está tan bien aquí.

Un jazmín y una buganvilla cubrían la pared que había tras ella. Ali estaba preciosa, con su cabello oscuro y los ojos que cambiaban de color marrón a color verde según su humor. Tenía la nariz pequeña y bonita. Sus labios eran fascinantes. El la había besado hacía unos meses porque no había sido capaz de resistir la tentación. Tampoco había podido olvidar el momento. La agarró del codo y la guió hasta el banco. A través de la tela del vestido, sintió el calor de su piel. De pronto, deseó poder acariciar su cuerpo desnudo.

Se sentaron en el banco, lo suficientemente cerca como para sentir el calor del otro, pero sin tocarse. El aroma de las flores se confundía con el que desprendía la piel de Ali.

—Cuéntame cómo te preparas para ser rey. ¿Qué más hay, aparte del hecho de que no puedes enamorarte?

—Como todas las profesiones, ser monarca tiene sus cosas buenas y sus cosas malas.

—¿Como cuáles? —El matrimonio.

—Si no puedes enamorarte, ¿cómo vas a casarte? —Una orden del rey me dejaría sin elección. Es necesario que tenga herederos.

—Pero si no puedes enamorarte, ¿cómo vas a tener hijos?

—Ali, me sorprendes. Creía que todas las enfermeras recibían clase de anatomía y biología. Ella se sonrojó.

—Sé sobre pájaros y abejas. Es sólo que… —¿Qué?

—He visto nacer a muchos bebés en todo tipo de situaciones. Madres solteras, como Johara. Parejas emocionadas por traer una nueva vida al mundo. Incluso parejas que no están casadas. Pero en todas parece que se preocupan el uno por el otro. Me parece algo erróneo que la procreación se relegue sólo a la biología y la sucesión.

—Sin embargo, así es como son las cosas para mí.

—Puesto que no estás esperando encontrar a tu media naranja, ¿tienes un plazo para realizar esa unión?

—Me han ordenado que elija una novia pronto, o si no la elegirán por mí.

—Creía que los matrimonios concertados iban unidos a los cinturones de castidad.

—Igual que yo —admitió él—. Pero mi tía me ha informado de que mi padre está impaciente por que elija a la mujer que se convertirá en reina.

—¿Y cómo se elige a esa afortunada mujer? Un día te acercas a alguien por la calle y le dices, ¿quieres ser mi reina?

Él soltó una carcajada.

—No.

—¿Se publica un edicto anunciando que el príncipe de la corona está buscando esposa? Después se celebra un baile y cuando dan la medianoche, la única mujer que te ha llamado la atención sale corriendo y se deja un zapato de cristal. Entonces, todas las mujeres de El Zafir tienen que acudir al palacio con el otro zapato, ¿no?

—Eso es un cuento de hadas —dijo él, acordándose de Cenicienta.

—¿Y qué tal si se le pide un currículum a todas las candidatas?

Kamal recordó la conversación que había mantenido con su tía y cómo le había dicho que elegir esposa no era como contratar a una empleada. Hasta el momento, nunca había contratado a nadie con quien considerara la posibilidad de casarse. Contempló los misteriosos ojos de Ali y se percató de que, durante muchos meses, había pensado en ella como posible esposa. Pero en su pensamiento siempre aparecía una cama con sábanas revueltas.

—Nada de currículum.

—Entonces, ¿cómo eliges? ¿Hay algún requisito?

—Sí. Es más que un título. He pensado mucho sobre el tema, puesto que la mujer que se quede a mi lado me ayudará a forjar el destino de El Zafir. Será importante para el legado de mi país. Y eso es muy importante para mí.

—Así que no sólo se trata de coronas y de modales en la mesa.

—Por supuesto que no.

—Pues dime. ¿Qué es lo que estás buscando? Siento curiosidad.

—La mujer que se convertirá en reina ha de preocuparse por los ciudadanos de este país. Su bienestar ha de ser una prioridad. Eso es lo más importante. Alguien que sea atractiva estaría bien, ya que tendrá que figurar mucho en público y permitir que la fotografíen. Otras cualidades importantes son: que sea inteligente, comprensiva y que tenga sentido del humor. Una mujer práctica y obediente que no crea en los cuentos de hadas.

—Así que ese símbolo de la feminidad que va a hacer que finalicen tus días de soltero ha de ser un cruce entre la Madre Teresa y la Princesa Grace.

—Te estás burlando de mí.

—¡Dios me libre! —dijo, y se llevó la mano al pecho—. Pero creo que tienes los días contados.

—Hablas como si estuviera condenado.

—En mi país, los condenados pueden elegir el menú que deseen para su última comida.

—Eso he oído.

—En tu caso, supongo que sería para tu última aventura.

—Es una buena descripción —él había pensado lo mismo cuando terminó de hablar con su tía. —¿Estás pensando en tener una aventura? —Se me ha pasado por la cabeza —admitió él. —¿Y

las mujeres también han de presentar un currículum para eso? ¿O has pensado en alguien? —De hecho, así es.

—¿Y quién es la afortunada? —Tú.

Capítulo 4

ALI SE puso en pie y se arrepintió en cuanto vio cómo le temblaban las piernas. ¿Había oído bien? ¿O es que tenían un problema de comunicación?

—¿Qué has dicho?

—Me gustaría tener una aventura contigo.

¿Y cómo se respondía a algo así? Si hubiera estado interesada en el matrimonio, cosa que no era cierta, podía haberse ofendido al ver que él sólo la deseaba para una aventura. Entonces, ¿debía sentirse halagada de que el príncipe quisiera convertirla en su amante, y darle las gracias? ¿O decirle que no era ese tipo de chica y darle una bofetada? No, desde luego que no. Por segunda vez en la noche, se quedó sin habla.

—No… no sé qué responderte —contestó al fin.

—Di que sí —sonrió él.

Ali se dio cuenta de que por un lado deseaba hacer lo que él le pedía. Pero sería una estupidez. Si no era capaz de controlar sus sentimientos, se arriesgaría a que le partieran el corazón.

Por otro lado, ¿cuándo había recibido una oferta como ésa? Y desde luego, él no estaba mal. Sus ojos oscuros ardían con la promesa de darle placer.

Era muy atractivo y Ali estaba segura de que montones de mujeres desearían saber cómo eran sus besos. Pero ella ya lo sabía.

—La otra vez que estuve aquí… —no se atrevía a preguntar lo que se cuestionaba hacía tiempo.

—¿Sí? —Kamal se levantó del banco y se colocó frente a ella.

—¿Por qué me besaste?

—Ali-le sujetó la barbilla y la obligó a levantar la vista. Después, le acarició la mejilla y le colocó un mechón de pelo detrás de la

oreja. Ella se estremeció y él sonrió—. ¿De veras eres tan inocente? ¿En serio no sabes lo encantadora y deseable que eres?

No debía ser tan deseable porque si no ya se habría casado. Pero sí lo bastante como para que el doctor Turner Stevens jugara con ella hasta encontrar a alguien mejor. ,

—Eso es una pregunta como: ¿has dejado de pegar a tu mujer?

—¿Perdón?

—No hay una respuesta buena. Si digo que sí, me calificarás de egocéntrica. Si digo que no, me acusarás de ir por ahí buscando cumplidos.

—Estaré encantado de decirte cumplidos —dijo él.

—No lo comprendes. Yo…

—Eres tú la que no comprende. Soy un hombre que nunca acepta un no por respuesta.

—Una buena cualidad para un futuro rey.

—Así es. Y me parece justo advertirte.

—¿Sobre qué?

—En según qué cosas, no soy un hombre paciente. Ésta es una de esas cosas. Creo que la negociación sobre este asunto ha terminado y que ha llegado el momento de pasar a la acción.

—¿Qué clase de acción?

—Voy a besarte, para convencerte de lo que pienso. Después, me gustaría oír que aceptas mi propuesta.

En otras circunstancias, se habría sentido ofendida. Pero era difícil sentirse así cuando él la miraba como si fuera la mujer más deseable del mundo.

—Rodéame el cuello con los brazos —dijo Kamal.

Ali se puso de puntillas y obedeció. Él la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Es como si el cielo estuviera entre mis brazos —murmuró él.

Ali sintió que se le aceleraba el corazón al notar sus senos contra su pecho. Kamal la besó en la frente. Después en la mejilla, el cuello y detrás del lóbulo de la oreja. Ella suspiró de placer.

—Ah —dijo él con satisfacción. Acercó su boca a la de ella y la besó. Despacio, mordisqueándole los labios. «Podría estar así siempre», pensó ella, y sintió que la tensión se agolpaba en su vientre y que una ola de calor recorría su cuerpo.

Kamal le acarició el labio superior con la lengua y ella abrió la

boca para que explorara su interior. De pronto, deseaba más.

El le acarició el cabello y colocó la mano en la nuca de Ali, presionando para que sus bocas estuvieran más juntas.

Cuando se separaron, la besó en la frente y en la mejilla, y suspiró justo antes de que ella retirara los brazos de alrededor de su cuello. Kamal le dio un beso en la palma de la mano y le cerró los dedos antes de soltarla. Dio un paso atrás y pasó los dedos entre su cabello.

La miró y ella echó de menos el calor de su cuerpo.

«Di algo», pensó ella, pero él permaneció en silencio.

—Es una buena técnica de negociación la que has puesto en práctica —dijo Ali al fin.

—Estoy esperando a que digas sí.

Su voz indicaba que ella no era la única que sentía que temblaba la tierra. Una lástima, porque si hubiera notado indiferencia o arrogancia en su forma de hablar, habría sido capaz de decirle que no le interesaba. Sin embargo, había química entre ellos y estaban forjando un sentimiento que ella no era capaz de comprender. ¿Cómo podía tomar una decisión en esas circunstancias?

—Voy a tener que dejarte. He de ir a ver a Johara. Buenas noches, Kamal —dijo ella, y se marchó.

Había creído que estaba preparada. La primera vez que él la había besado ella estaba comprometida y la había pillado por sorpresa. Por eso, se quedó deseando más. Esa vez, él se lo había advertido.

Y ella seguía deseando más.

Cuando Turner le propuso matrimonio a una mujer de la alta sociedad, Ali se sintió utilizada y triste por haber perdido el tiempo con él. Y, desde luego, nunca había imaginado que otro hombre, que ni siquiera fingía amarla, le pediría que tuviera una aventura con él. Al menos, el príncipe heredero dejaba claro cuáles eran sus intenciones.

Kamal salió de la reunión que tenía con la junta de directores del hospital y pensó en Ali. La enfermera estadounidense aparecía a menudo en su pensamiento. Cuatro días antes, en los jardines del palacio, Kamal le había hecho saber que deseaba tener una

aventura con ella, pero aunque vivía en el palacio, no la había visto desde entonces y eso hacía que le costara concentrarse en el trabajo.

Su huida repentina del jardín lo intrigaba. Normalmente, las mujeres no lo dejaban plantado, sino que estaban ansiosas por satisfacer sus deseos.

Era importante que consiguiera dejar de pensar en ella. Tenía que pasar a la acción. La mejor manera de olvidarse de ella, era continuar con la aventura. Así al cabo de un tiempo, se aburriría, la dejaría y elegiría una esposa.

Le habían contado que Ali estaba dando formación a los nuevos miembros del equipo de enfermería en el aula que había al final del pasillo. Kamal estaba deseando verla en acción. Y no sólo como enfermera.

En silencio, entró en la habitación. Ali estaba delante de un atril y cinco mujeres la escuchaban con atención. Él agarró una silla y se sentó. Se percató del momento en que Ali notó su presencia porque vio cómo le palpitaba una vena del cuello.

La prueba de que se había puesto nerviosa al verlo era más que gratificante y se alegró de haber decidido continuar con su plan.

No sabía qué tenía aquella mujer para que él estuviera tan decidido a conseguir su objetivo. Era encantadora y deseable, pero otras veces había tenido romances con mujeres mucho más bellas y nunca se había sentido así. Siempre había conseguido olvidarse de ellas. ¿Qué tenía Ali que no conseguía quitársela de la cabeza? Era probable que fuera porque no había conseguido que aceptara su propuesta. «Lo hará pronto», pensó.

—Eso es todo, chicas —dijo Al¡—. Ya habéis visto el hospital y os he contado su funcionamiento, los derechos y privilegios del personal. ¿Alguna pregunta?

Kamal levantó la mano al ver que ninguna enfermera lo hacía.

—Chicas, tenemos visita. Quiero presentaros a Su Alteza Kamal Hassan. Él es el motivo principal por el que todas estamos aquí. Tenemos que estarle agradecidas por este fabuloso hospital.

—Señoritas —sonrió él cuando todas se volvieron para mirarlo.

—¿Tenía una pregunta, Alteza? —le preguntó Ali.

—¿Puedo hablar con usted cuando termine la clase?

—Por supuesto —dijo ella con tono profesional—. Chicas, quiero que os vayáis con una última idea. Como enfermeras tenemos el

deber de no causar daño, pero eso no es tan sencillo como parece. La mayoría de nosotras nos hacemos enfermeras para ayudar a otros. Pero a veces es prudente quedarse atrás y observar, no precipitarse. Recordad, no causar daño. A veces es mejor observar y esperar.

Las nuevas enfermeras recogieron sus cosas y salieron del aula. Cuando Kamal se quedó a solas con Ali, se puso en pie y se acercó a ella.

—Ali.

—Kamal.

—¿Estás bien?

De cerca le parecía aún más bella. Incluso con el uniforme del hospital, se le aceleraba el corazón al verla.

—Estoy bien.

—No has comido con nosotros en el palacio —dijo él, incapaz de disimular su tono de desaprobación.

—Puesto que tu hermana se niega a ver a su padre, pensé que era más importante hacerle compañía durante el desayuno y la cena.

—Ya. Tu devoción por Johara es encomiable. —Sale de cuentas dentro de un par de semanas.

Mi objetivo es mantenerla lo más sana posible en cuerpo y espíritu.

—Entonces, ¿no me has estado evitando? —No —contestó ella.

—¿Tu única motivación para acompañar a Johara en las comidas es no causar daño?

Ella sonrió.

—Creía que estabas escuchando. —Te equivocaste.

—¿Querías algo? —preguntó ella, golpeando con los dedos el atril.

«A ti», pensó él, pero no era el momento de decírselo.

—Sí. Tengo un asunto entre manos.

Ali se puso nerviosa al oír sus palabras. Estaba pensando en la propuesta que él le había hecho. —¿Qué es?

—Voy a crear un Comité de Calidad para que apoye a la Junta de Directores del hospital en cuanto a la organización y la solución de problemas.

—Entiendo —suspiró aliviada.

—Estarán representadas todas las categorías de empleados.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Me gustaría que fueras una de las representantes.

—¿Ese comité es sólo para aparentar?

—No. Tendrás la oportunidad de cambiar y mejorar la política hospitalaria cuando sea necesario. —Una propuesta atractiva.

—Eso es. Te daré la oportunidad de que te lo pienses. Búscame cuando tengas la respuesta. —Puedo darte la respuesta ahora mismo. Me entusiasma la idea de poder aportar algo al hospital.

Además, es una buena manera de mejorar mi currículum.

—Muy bien. Te informaré de cuándo será la primera reunión.

—Estoy impaciente. —Yo también. —¿Vas a estar allí?

—Por supuesto. Quiero asegurarme de que este centro sea el mejor de la región. ¿Algún problema?

—Para nada —dijo ella—. Tu dedicación es encomiable.

—Soy un hombre muy dedicado cuando se trata de cumplir con mis objetivos.

Ali se mordió el labio inferior y lo miró. —Hablando de objetivos… —le dijo. —¿Sí?

—He notado que en los últimos días ha aumentado mucho la actividad del hospital. ¿Puedes contarme qué es lo que sucede?

Kamal se cruzó de brazos. Estaba convencido de que ella iba a darle la respuesta a la pregunta que lo corroía por dentro. Se había equivocado. Sin embargo, sintió cómo la admiración que sentía por ella aumentaba.

—Estoy seguro de que te has dado cuenta de que ya se están ingresando pacientes en el hospital.

—Sí.

—Me gustaría hacer una inauguración oficial. Se han puesto en marcha los preparativos para celebrar una gala para la inauguración. Además, se aprovechará para recaudar fondos para la investigación.

—Eso es una buena cosa. La sanidad no es barata, ni siquiera en El Zafir, donde el dinero no supone un problema.

—Siempre es algo importante, sobre todo para aquellos ciudadanos que no lo tienen. Pero mi objetivo es proporcionar un lugar con la tecnología más avanzada y la mejor investigación médica.

Necesitaremos gente brillante de todo el mundo. Por supuesto, los descubrimientos los compartiremos con el resto de la comunidad médica.

—¿Tienes un plan para todo eso?

—Sí. Además de la gala, vamos a celebrar un congreso de medicina. Participarán, sobre todo, médicos de los Estados Unidos, pero también hemos invitado a especialistas de todo el mundo.

—Qué oportunidad más maravillosa.

—Mi intención es que se convierta en un evento anual. La comunidad mundial debe llegar a un acuerdo no sólo político, sino también médico para encontrar la cura del cáncer y de las enfermedades coronarias. Todavía tenemos que erradicar la mortalidad infantil y las complicaciones del nacimiento.

—Es magnífico —dijo ella con una amplia sonrisa.

—Para este primer congreso, he decidido ser egoísta. La mayor parte de los temas propuestos tratan sobre las maneras más eficaces de dirigir un centro hospitalario.

—Puesto que éste acaba de abrirse, es buena idea aplicar una política sólida desde el principio —comentó ella—. Por cierto, algo que me gustaría tratar en la primera reunión del Comité de Calidad es una filosofía que se está aplicando en los Estados Unidos. ¿Has oído hablar de la política de «sin culpables»?

—Explícamela.

—Es un método para reducir o eliminar errores a largo plazo.

—No lo comprendo. Cuando se comete un error, la persona responsable debe sentir el peso de las consecuencias.

—Eso es —dijo ella—. Nos han enseñado que cuando cometemos un error hay unas consecuencias. Eso hace que la mayoría de los empleados no quieran reconocer sus errores. Por eso los adolescentes mienten a sus padres… para evitar que les echen la bronca. Y el motivo principal, sobre todo en los hospitales, por el que los trabajadores tratan de encubrir sus errores.

_¿Y de qué va esa política de la que hablas?

—Se trata de animar a los empleados a que sean sinceros sin temor a las consecuencias. A veces, puede ser un problema del sistema y no del individuo. Así que, en lugar de ocultar el problema bajo la alfombra, éste puede identificarse, solucionarse y evitarse en el futuro.

—Interesante.

—El conocimiento de un problema existente debería generar formación, no disciplina.

—Es un concepto difícil. Para mí, si alguien hace algo mal, se merece un castigo. Con la intención de inculcarle que en el futuro deberá evitar cometer errores.

Ése era el motivo por el que había construido el centro. Para corregir un error y evitar la pérdida de vidas humanas.

—¿Estás bien? —preguntó ella, mirándolo a los ojos—. Tienes una expresión extraña.

—Estoy bien. Sólo estaba pensando en tu teoría. No creo que pueda funcionar.

—¿Pero no te das cuenta? Tiene mucho sentido. Si los empleados pueden ser sinceros sin miedo a perder su trabajo, el funcionamiento diario del hospital será mucho mejor. Eso será beneficioso para los pacientes puesto que recibirán mejores cuidados.

—Las posibilidades son interesantes —dijo él.

Pero no tan intrigantes como el brillo que adquiría la mirada de Al¡ cuando hablaba del tema, ni cómo se le curvaban los labios al hablar. Kamal tuvo que esforzarse para no besarla allí mismo.

—Sí, son muy interesantes. Si tienes unos minutos podemos comentarlas…

—Llego tarde a una reunión de negocios en el palacio.

—Ah.

—Tengo que irme. Que tengas un buen día, Ali.

—Tú también. Adiós, Kamal.

Él se marchó sin mirar atrás. No se fiaba de sí mismo y quería evitar la tentación de tomarla entre sus brazos para besarla de nuevo. Pero si lo hacía, estropearía el plan que tenía para esa noche.

Capítulo 5

ALI SE acomodó en el asiento de cuero de la limusina que la llevaba de regreso al palacio. Kamal había insistido en que el coche y el chofer estuvieran a su disposición para cuando tuviera que ir al hospital. Era fácil acostumbrarse al lujo, y al menos la ayudaba a olvidar la conversación que había mantenido con el príncipe.

El había hecho más de un comentario con intención de recordarle que esperaba una respuesta sobre el tema de la aventura amorosa. Le había dicho que era un hombre muy dedicado a conseguir sus objetivos. Y por la forma que tenía de mirarla, le dejaba claro que el objetivo era ella. Sin embargo, había salido de la habitación sin mirar atrás.

¿Qué estaba sucediendo? Quizá debería sentirse aliviada porque él estaba perdiendo el interés por ella. Aunque sabía que un hombre tardaba más o menos cuatro días en olvidarse de ella, claro que nunca había estado con un príncipe del desierto. ¿O debería sentirse molesta porque no hubiera continuado insistiendo en su propuesta? «Ninguna de las dos cosas», pensó, y trató de superar la desilusión que sentía observando las calles de la ciudad.

Cuando llegaron al palacio, la limusina se detuvo frente a la escalera de piedra de la entrada principal. Ali se bajó del coche enfadada porque no conseguía quitarse a Kamal de la cabeza. Deprisa, se dirigió a su habitación confiando en no encontrarse con él.

Se cambió de ropa y se puso unos vaqueros y una camiseta. Iba a cenar con Johara, así que no necesitaba vestirse de manera elegante. Antes de que le diera tiempo de telefonear a la princesa, llamaron a la puerta.

Abrió y se encontró a Emir, el asistente personal de Kamal.

—Buenas tardes, señorita Matlock —dijo él.

—Hola.

—Tengo instrucciones del príncipe de la corona para que la lleve hasta él.

Ali sintió que se le aceleraba el corazón. Estaba segura de que Kamal sólo querría hablar de la situación del hospital, pero le parecía muy considerado por su parte que hubiera mandado a su asistente para que la guiara por el palacio. Aunque todavía no conocía bien el lugar, sabía más o menos dónde se encontraba el despacho de Kamal.

Cuando llegaron a la planta baja, Emir la guió por un pasillo de suelo de mármol. Al llegar a un cruce, Emir torció a la derecha y ella le dijo:

—¡Espera! El despacho del príncipe está hacia el otro lado.

—Sí —dijo el asistente con una sonrisa—. Pero no es ahí donde la espera el príncipe. Si no le importa seguirme…

—De acuerdo.

La guió hasta la puerta trasera del palacio. Después bajaron por unas escaleras que daban a un camino que los llevaría al garaje donde se guardaban todos los coches de la familia real Un Mercedes estaba aparcado en la puerta y Kamal esperaba junto al coche con los brazos cruzados.

Iba vestido con el atuendo tradicional del país, que consistía en pantalones blancos y camisa de algodón que dejaba entrever el vello varonil que cubría su pecho. En la cintura, llevaba anudado un fajín de color azul que lo hacía parecer un pirata del desierto.

El asistente hizo una reverencia y dijo:

—Alteza, la señorita Matlock.

—Buen trabajo, Emir. Puedes irte. Que tengas una buena tarde —dijo Kamal.

—Gracias, Alteza. Y que disfrute de la suya. Al¡ no podía apartar la vista de Kamal. —¿Qué sucede?

—Me gustaría que me acompañaras durante la cena.

Ella miró los vaqueros que se había puesto. —No estoy vestida para la ocasión.

—Tu ropa es perfectamente adecuada para donde vamos.

—¿Y dónde vamos?

—Ya lo verás —abrió la puerta del pasajero—.

¿Quieres subir?

—Cenar me parece bien, pero ¿qué pasará con Johara? No sabe dónde estoy.

—Ha sido informada de que estarás conmigo. Y donde vamos hay muy buena comunicación. Podrá contactar con nosotros si es necesario.

—Vale.

Comenzó a meterse en el coche y Kamal la agarró del brazo para ayudarla. El contacto de sus dedos la hizo estremecer.

Después, él rodeó el coche y se sentó al volante.

—¿Vamos sin chofer?

—Quería conducir yo —la miró a los ojos y se puso las gafas de sol—. Mis guardaespaldas nos seguirán y establecerán un cerco seguro pero discreto.

—Ya. ¿Pretendes ser un hombre normal cenando con una mujer?

—Eso mismo —dijo él, y arrancó el coche.

—Y yo me lo creo.

—Todos los hombres tienen que comer, y tener una acompañante atractiva es algo deseable.

—Mira, Kamal, quisiera tener un hombre corriente tanto como cualquier otra mujer, pero…

—¿Quisieras encontrar un hombre corriente?

—Claro —se encogió de hombros—. Después de salir con Turner aprendí lo que es importante. Un hombre que vaya a trabajar por las mañanas y que después regrese a casa con su mujer y sus hijos. Un hombre sincero, trabajador, que tenga los pies en la tierra y se ponga primero una pernera del pantalón y después la otra.

—No hay otra forma de ponerse los pantalones —la miró—. Ah, es una expresión que utilizáis en los Estados Unidos.

—Sí, supongo que nos gusta hablar de esa manera.

Kamal salió a la carretera y tomó un camino que llevaba hasta el desierto. Enseguida, no había más que dunas a su alrededor.

Mientras esperaba a que Kamal dijera algo, Ali lo observaba de reojo. Se fijó en que tenía el mentón prominente y en que, incluso de perfil, era muy atractivo. Miró de nuevo por la ventana y al ver que no había más que desierto preguntó: —Cuéntame a que restaurante vamos. —No es un restaurante. —Entonces, ¿vamos a una barbacoa? Él la miró esbozando una sonrisa. —No.

—Vale. Déjame que adivine. Me llevas a un oasis en el desierto donde se hace trata de blancas.

—Tienes una parte de razón.

—¿Qué parte?

—Tendrás que esperar para verlo.

—¿Cuánto falta para que lleguemos?

—No mucho.

Era evidente que no iba a darle muchos más datos, así que se acomodó en el asiento y disfrutó del viaje. No era una limusina, pero desde luego era mejor que todo a lo que ella estaba acostumbrada.

Después de una hora de trayecto llegaron a un oasis. Ali tuvo que parpadear un par de veces para asegurarse de que no era una ilusión óptica. Era un lugar asombroso. Frente a ellos, en medio del desierto, se extendía una porción de tierra cubierta de palmeras y plantas que rodeaban una gran tienda. Un arroyo de agua clara corría hasta un pequeño lago.

Kamal se detuvo frente a la tienda y apagó el motor.

—Ya hemos llegado.

—¿Qué es este lugar?

—Es donde mi padre, mis hermanos y yo venimos a reflexionar.

—¿Una especie de hogar lejos de casa?

—Exacto. ¿Quieres que te haga un recorrido?

—Por supuesto.

Cuando salieron del coche, Kamal la agarró del brazo y la acompañó al interior de la tienda. Le mostró el salón, los dormitorios y el resto de las habitaciones. El suelo estaba cubierto con tupidas alfombras persas. En las paredes había tapices que hacían que el lugar no pareciera una tienda. Quizá estuviera lejos del palacio, pero desde luego reunía los estándares de la residencia de la familia real.

Kamal la guió hasta el comedor. Allí había una mesa de madera de cerezo servida para dos con cubertería de oro, y vajilla de porcelana. La habitación estaba decorada con flores frescas llenas de aroma. Aunque Ali sabía que Kamal sólo había tenido que hacer una llamada para que prepararan el lugar, continuaba asombrada.

Apareció un sirviente con bandeja de plata y dos copas llenas de champán.

—Gracias —dijo AH, y agarró una de las copas.
—¿Por qué brindamos? —dijo Kamal, y agarró la otra copa.
—Por lo corriente.
Él arqueó una ceja y chocó la copa contra la de ella.
El sirviente apareció de nuevo.
—Alteza, ¿desea que le sirva la cena ahora?
Cuando Kamal la miró, Ali asintió.
—Estoy hambrienta.
—Cenaremos ahora —dijo él.
Kamal separó una silla de la mesa para que Ali se sentara. Ella se acomodó y se colocó la servilleta en el regazo. Kamal tomó asiento y, al instante, aparecieron dos camareros con ensaladas y un cesto de pan. Les sirvieron la comida. Toda estaba exquisita y era de gran calidad.
Cuando el sirviente apareció y preguntó si deseaban algo más, Kamal le dijo que él y el resto del servicio podían retirarse. Hasta ese momento, Ali había estado tranquila, pero una vez a solas con Kamal recordó que él le había dicho que quería tener una aventura con ella. Esa cena había sido su manera de recordárselo.
Y estaba funcionando. Pero Ali no podía reconocerlo a pesar de que le dieran todo el champán del mundo. Se sentía atraída por su encanto y su inteligencia.
Por suerte, el lujoso ambiente le recordaba que ella no pertenecía a ese mundo y que él no era lo que ella estaba buscando. Si decidía ceder ante su propuesta, debía tener claro que no era algo para siempre, sino sólo una aventura sin compromisos.
—Retirémonos a un lugar más cómodo.
—Aquí estoy perfectamente bien —dijo ella.
—Como desees —le rellenó la copa—. ¿Qué te gustaría hacer?
—Hablar.
—¿Sobre qué?
Buena pregunta. De algo impersonal. De algo que ambos tuvieran en común.
—Siento curiosidad por saber por qué era tan importante para ti construir el hospital.
Kamal frunció el ceño y tensó los labios. Permaneció en silencio durante unos instantes y Ali pensó que no iba a contestar.
—Me extraña que me hagas esa pregunta. Como decís los

estadounidenses, es el lugar del crimen.

—¿Qué crimen?

—Me siento responsable por la muerte de la segunda esposa de mi padre —Ali no podía creer lo que estaba oyendo. La mujer había fallecido a causa de complicaciones en el embarazo. Permaneció callada y esperó a que continuara—. Yo acababa de regresar de la universidad. Mi padre tenía que asistir a una reunión de los países petrolíferos de la región. Daria estaba embarazada de siete meses, pero quería ir con él.

—¿Y por qué no fue?

—Con Johara tuvo un embarazo difícil. Le habían advertido que no tuviera más hijos, pero estaba decidida a darle un hijo a mi padre. El médico le prohibió volar. Ella insistió en que mi padre se fuera, asegurándole que estaría bien. El regresaría antes de que ella saliera de cuentas.

—Todo parece normal —dijo ella—. ¿Qué ocurrió?

—Daria echaba de menos al rey. Se sentía inquieta y atrapada en el palacio. Ambos solían venir al oasis. Aquí es donde mi padre recarga su energía con el recuerdo de sus antepasados. Yo le sugerí a Daria que hablara con el doctor y viniera aquí para relajarse. Ella aceptó.

—Continúa.

—Recibí una llamada de su doncella. Daria había comenzado a sangrar. Mandé el helicóptero con el doctor. Por desgracia, la hemorragia era severa y cuando llegó a la clínica de la ciudad, había perdido tanta sangre que no pudieron hacer nada por salvarla a ella ni a la criatura.

—Pero el médico le había dado permiso para viajar hasta aquí. ¿Cómo iba a ser culpa tuya?

Kamal la miró a los ojos.

—No había consultado con el médico. Y había empezado a… ¿cómo se dice?

—¿A manchar?

—Sí. Había empezado a manchar antes de salir del palacio.

—Pero tú no lo sabías.

—No importa lo que yo supiera. Si no le hubiera sugerido el viaje, la ayuda habría estado más cerca. Le prometí a Johara que construiría un hospital con la mejor tecnología para que otras niñas

no tuvieran que sufrir lo mismo que sufrió ella. Pero era poco consuelo para una niña de cinco años que había perdido a su madre. Le dio por seguirme a todas partes.

—¿Y por qué a ti? ¿Por qué no a tu padre?

—Ella es igual que Daria. El rey no podía soportar ver a su hija.

—Siento que tu familia tuviera que pasar por esa tragedia.

—¿Pero?

Ali decidió no preguntarle cómo sabía que había un pero.

—Es evidente que has cargado con la culpa como si fuera una manta de seguridad.

—¿Qué significa eso?

—Hoy cuando estuvimos hablando de política hospitalaria dijiste que si uno hace algo equivocado, debe recibir un castigo. No estoy segura de por qué te sientes culpable por la muerte de Daria. No hiciste nada malo.

—Entonces, ¿por qué me parece que sí?

—Porque fue una tragedia, pero no fue culpa tuya, Kamal. No eres todopoderoso. Le sugeriste algo que creías que le sentaría bien. Ella podía haberse negado a ir. Incluso si se hubiera quedado en el palacio, si la hemorragia era lo bastante grande, es posible que no se hubiera salvado. Han pasado doce años. Tienes que superarlo de una vez por todas.

—¿Es una orden?

—Ahora que lo dices… —lo miró a los ojos—. ¿Por qué tardaste tanto en cumplir tu promesa de construir el hospital?

—La etapa de planificación fue larga y dolorosa. Era necesario crear un sistema sanitario en el país antes de comenzar a construir. Mi país se enfrentaba a duras batallas financieras en muchos frentes para poder equipararse con los países occidentales. Convencer a las personas adecuadas para que invirtieran su dinero en el proyecto llevó tiempo.

—Y ahora está terminado.

—Sí —dijo con orgullo.

—Ya has hecho penitencia y has cumplido tu promesa. ¿No es hora de que te perdones a ti mismo y olvides el pasado?

—Es más sencillo decirlo que hacerlo. Cuando veo a mi hermana embarazada no puedo evitar preguntarme si habría tenido que enfrentarse a esta situación si su madre hubiera vivido para guiarla

durante los años de rebeldía.

Ali podía ver el dolor y la culpa en el brillo de sus ojos. También algo más.

—Quieres mucho a tu hermana, ¿verdad?

—Sí —contestó él.

—Deja que me aclare. ¿Está bien querer a tu familia, pero no está bien enamorarse de una mujer?

—Eso es. Me alegra de que hayas comprendido el concepto.

—El amor es una reacción involuntaria ante un estímulo específico que es distinto para cada persona. Algunos lo llaman química. Otros dicen que es culpa de las feromonas. Sea cual sea el misterio que hace que una persona se sienta atraída por otra es irrelevante. Uno no puede controlar ese sentimiento.

Él se enderezó en la silla.

—Soy Kamal Hassan, príncipe de la corona y heredero al trono de El Zafir. Por supuesto, tengo poder sobre esas cosas.

—Vale.

—Hablas con escepticismo —dijo él—. ¿Por qué? —Porque eres hombre.

—Sí, pero no comprendo.

—Mi escepticismo acerca del amor y de las relaciones puede tener algo que ver con la forma en que mi padre trató a mi madre. Se divorciaron porque él encontró a alguien mejor… una mujer que con sus contactos y su dinero pudo sacar adelante su empresa de construcción. Para mi madre fue tan doloroso y humillante que nos mudamos a otro lugar. Desde entonces, rara vez veía a mi padre. No se lo podía molestar con algo tan mundano como mis visitas. Al parecer, amaba a su segunda esposa. Lo último que he oído es que siguen juntos y que ha tenido otras dos hijas para ocupar mi lugar.

—Un hombre que abandona a un hijo es un canalla —dijo enfadado.

—Tu padre abandonó a tu hermana —dijo ella.

—Él permite que viva bajo su mismo techo. Para un hombre de su generación, es todo lo que puede hacer.

—Si tú lo dices.

—El afecto familiar y la responsabilidad es algo sagrado que no puede incumplirse. Tu padre es un pobre hombre y sus actos demuestran que tengo razón a la hora de evitar el amor. Hace que

un hombre sea débil.

Él tenía razón acerca de su padre, pero ella siempre había pensado que tenía un fallo de personalidad. Y Turner…lo mismo. Pero Kamal asumía el peso de su país… de su pueblo. Quizá era lo que se esperaba del hombre que iba a convertirse en rey. O quizá era un perfeccionista. Pero era el hombre más fuerte que había conocido nunca, con la coherencia moral que iba unido a ello.

De veras creía lo que decía. Ali suspiró. Las palabras de Kamal la habían convencido. Estaba bien que se sintiera atraída por Kamal siempre que recordara que no tendría futuro con él si llegaba a amarlo. El se casaría y tendría herederos porque era su deber y no hacerlo era de débiles. Pero nunca se permitiría amar a una mujer.

—El amor es algo que espero encontrar —dijo ella, y se puso en pie—. Y espero encontrarlo con un hombre corriente que busque lo mismo que yo en la vida.

Él se puso en pie y le tendió la mano.

—Ven aquí.

Sin saber por qué, Ali le dio la mano y permitió que Kamal la atrajera hacia sí. Podía sentir el calor de su cuerpo e inhalar el aroma de su colonia. Él la rodeó por la cintura y la abrazó.

—Hemos perdido mucho tiempo hablando de cosas serias. Ahora, quiero besarte.

Aunque no se lo hubiera dicho, el brillo de sus ojos dejaba claro cuáles eran sus intenciones. Acercó su boca a la de ella y, cuando Ali cerró los ojos, la besó en los labios. En ese mismo instante sonó su teléfono móvil. Se separó de ella con cara de enojado. «Espero que sea importante», pensó Ali temiendo por quién estuviera al otro lado de la línea.

—¿Sí? —Kamal contestó el teléfono. Al¡ observó cómo el miedo se apoderaba de la expresión de su rostro—. Envía el helicóptero inmediatamente —dijo, y colgó el teléfono.

—¿Qué ocurre?

—Mi hermana se ha puesto de parto. Es demasiado pronto.

Capítulo 6

ALI LE tomó las manos y se las apretó.

—No es como la otra vez. Esto no tiene nada que ver con lo que le pasó a su madre. —Es demasiado pronto —repitió él.

—Sólo se ha adelantado un par de semanas. Además, averiguar la fecha de parto no es una ciencia exacta. Y el primer bebé siempre es impredecible.

—¡Maldita sea! ¿Dónde está el helicóptero? —dijo él, y retiró las manos. Comenzó a pasear de un lado a otro—. El destino es imprevisible. Es una ironía que yo esté aquí y que justo ahora se haya puesto de parto.

—Si alguien debe sentirse culpable, soy yo. Johara me pidió que me quedara con ella porque estaba nerviosa. ¿Y dónde estoy?

—Estás aquí porque yo te invité —dijo él.

—Kamal, escúchame —se detuvo frente a él—. No puedes responsabilizarte del mundo entero. Tienes que delegar en otros.

—Ésa no es mi forma de ser.

«¿Cómo no va a gustarme este hombre?», pensó Ali. Kamal tenía la capacidad de cuidar de todo el mundo. Y conseguía lo que se proponía a pesar de que, a veces, tuviera que sacrificar su felicidad.

Se echó a un lado para continuar paseando y ella le bloqueó el camino una vez más.

—Gracias a ti, Johara está a cinco minutos de un hospital que posee la tecnología más avanzada. Su médico está allí. Es uno de los mejores tocólogos con los que he trabajado.

—No es suficiente.

—Ella estará bien. Probablemente ya esté en el hospital con todo el personal médico a su alrededor.

—Quiero que estés al lado de mi hermana. ¿Dónde está el

maldito helicóptero?

En la distancia se oyó el ruido de un motor acercándose por el aire.

—Y estaré con ella enseguida —dijo Ali—. Aunque no estoy vestida para trabajar.

Casi se aliviaba porque los hubieran interrumpido. Llevaba una ropa normal, y si él hubiera tratado de quitársela no se lo habría impedido. Habría estado tan entregada a su beso que no habría podido ni protestar. Si el teléfono no hubiera sonado…

Salvada por el móvil.

Incapaz de quedarse quieto, Kamal paseaba de un lado a otro de la sala de espera del hospital. Ali y él habían llegado al helipuerto del hospital unas horas antes. Su tía Farrah y sus hermanos estaban allí con sus esposas.

Todos le decían que no había motivos para preocuparse. Pero él no podía evitarlo. Otra vez había hecho algo parecido… esperar noticias de una madre y su hijo. Sentía la misma ansiedad, sólo que el entorno y los protagonistas eran diferentes. Y el resultado, ¿sería el mismo?

Fariq se puso en pie y se colocó frente a él.

—Vas a desgastar la moqueta.

—No me importa.

—Kamal, has de tener fe. Johara y su bebé estarán bien.

—Para ti es fácil decir eso. Tienes dos hijos bien sanos.

—Y doy gracias por ello todos los días. No te olvides que todos sufrimos la tragedia de la querida esposa de nuestro padre y del hijo que habría sido nuestro hermano. Nadie considera que tuvieras la culpa, excepto tú. Y lo más probable es que este parto sea normal.

—Nadie nos lo garantiza.

—Eso es cierto —suspiró su hermano—. Sólo podemos esperar.

Kamal asintió, pero las palabras de Ali invadieron su cabeza. Él había hecho todo lo posible para construir un hospital con el mejor equipo. El doctor que atendía a Johara era uno de los mejores.

El recuerdo de sus palabras lo tranquilizó y, en silencio, le agradeció que estuviera junto a su hermana en el momento del parto.

Fariq lo agarró del hombro.

—Créeme, hermano, la historia no se repetirá.

Kamal asintió, pero no terminaba de creerlo. La historiase repetía todo el rato. Los mismos errores se cometían una y otra vez. Y él era el hijo de su padre. ¿Y si la atracción que sentía por Ali se convertía en algo más? ¿Y si él era como su padre y no era capaz de controlarlo? Desde la niñez lo habían educado para convertirse en rey y sólo deseaba hacerlo bien.

¿Pero y si la debilidad se apoderaba de él y no le permitía hacer bien su trabajo? Como su padre. No podía permitir que eso sucediera. Debería luchar contra sus sentimientos. Tenía que encontrar la manera de olvidar a Ali.

Se abrió la puerta y el doctor McCullough entró en la sala.

—¿Doctor? —Kamal se acercó a él y el resto de la familia hizo lo mismo—. ¿Cómo está mi hermana? El doctor sonrió.

—Tiene un niño precioso de cinco libras y media.

Kamal sonrió y suspiró aliviado.

—¿Y Johara? ¿Está bien?

—Cansada y dolorida, algo normal después de un parto.

—Dentro de poco estaré yo igual —dijo Penny. Rafiq la agarró por los hombros.

—Estaré siempre a tu lado. Si pudiera pasarlo por ti, lo haría.

—Es fácil decirlo —dijo ella, y apoyó la cabeza en su hombro.

—De hecho, la princesa ha tenido un parto bastante corto —dijo el médico—. Por lo general, el primer bebé tarda más tiempo en nacer.

—Una buena manera de tranquilizarme, doctor —dijo Crystal.

Fariq la agarró de la mano y le besó los dedos.

—Si hubiera un elixir que hiciera las cosas más fáciles, recorrería el mundo en su busca.

Crystal sonrió.

—Sé que me estás camelando, pero me encanta.

Kamal envidiaba a sus hermanos y las mujeres que los amaban. Pero puesto que era el primogénito, su destino era otro y no incluía el placer del amor.

—Me gustaría ver a mi hermana —dijo.

—Puedes verla unos minutos. Pero es tarde y está cansada. Necesita descansar. Los demás podrán ver a ella y al bebé mañana.

La princesa Farrah sacó el teléfono móvil de su bolsillo.

—Informaré al rey.

—Gracias —dijo Kamal.

Su familia dio las gracias al doctor y salió de la sala de espera para regresar al palacio. Kamal se acercó a la habitación destinada a la realeza. Estaba diseñada para que se pudiera dar a luz allí mismo y después se convirtiera en una habitación de hospital con una puerta que daba a una habitación contigua donde podía quedarse un familiar.

Algún día, los hijos de Kamal nacerían allí. Y la madre… Kamal no conseguía borrar la imagen de Ali de su memoria.

Entró en la habitación y miró a Ali. En sus brazos sujetaba a un bebé envuelto en una manta azul. Ella miraba a la criatura con tanta ternura que Kamal sintió un vacío en su interior. ¿Cómo sería ser el objeto de su devoción?

—¡Kamal! —Johara sonrió al verlo.

—Hermanita —dijo él, y se acercó a la cama para besarla en la mejilla—. ¿Estás bien?

Ella asintió.

—¿Has visto a mi hijo?

Ali se colocó al lado de Kamal y le enseñó al pequeño.

—¿A que es muy bonito? —preguntó Ali.

Kamal la miró y dijo:

—No creo que ése sea el adjetivo adecuado para un niño.

Johara se rió.

—El médico dice que es un niño grande y fuerte.

¿Te gustaría sujetarlo? —Sí.

Ali colocó al pequeño en los brazos de Kamal.

¿Kamal?

El miró a su hermana y la tranquilizó.

—El rey sabe que ha nacido tu hijo —dijo antes de que ella preguntara.

—¿Está aquí? —preguntó ella con esperanza. —No.

—Es tarde y necesitas descansar —dijo Ali—. Tu padre verá a su nieto mañana.

—No, no vendrá —dijo Johara con los ojos llenos de lágrimas.

A Kamal le disgustaba que su padre fuera tan orgulloso e hiciera pasar a su hermana por todo aquello.

Johara se secó una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Las últimas palabras que me dijo fueron que ya no tenía una

hija. Ahora, tampoco tiene un nieto.

—Cambiará de opinión. Dale tiempo —comentó Ali.

—Conozco a mi padre. Es un cabezota. Me niego a someter a mi hijo a un hombre así. No lo criaré en un palacio donde lo tratarán como si el pecado fuera suyo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Ali.

—Le pediré al rey que me permita ir a los Estados Unidos —dijo Johara.

Kamal sabía que su hermana soñaba con hacerlo desde hacía mucho tiempo. También sabía lo que su padre opinaba al respecto.

—No te dará permiso. —Entonces, me iré sin él.

—Johara tiene razón —intervino Ali—. Si tu padre no cambia de actitud hacia ella y el bebé, no será sano para la criatura que crezca aquí.

—Oíste que el rey me prohibió intervenir.

—Lo recuerdo. Dijo que siempre fuiste débil en lo que a tu hermana se refiere. Pero eso no es cierto. Te convertiste en el padre que él se negó a ser.

—Hermano —dijo Johara—. Debes ayudarme. —Tienes que hacerlo —Ali lo miró con confianza—. Eres el único que puede.

Ali vio a Kamal fuera de la sala de conferencias en el hospital. Le parecía curioso el hecho de que lo veía más allí que en el palacio. Hacía dos semanas que Johara había regresado a casa con el bebé. La joven se había recuperado bien físicamente. Sin embargo, sufría los efectos emocionales del abandono de su padre.

Kamal todavía no se había dado cuenta de su presencia. Estaba hojeando unos papeles y tenía la cabeza agachada.

Ali continuaba hospedándose en el palacio puesto que la princesa Farrah se lo había pedido. La mujer le había dicho que su sobrina apreciaría su apoyo emocional. Pero Johara había insistido en cuidar sola de su hijo, diciendo que era su responsabilidad. Pero su padre no había reconocido al hijo de su única hija. Y Kamal no había hecho nada para ayudar a su hermana. Ali estaba tan segura de que iba a hacerlo, que se sentía un poco decepcionada.

Ali oyó que el ascensor se detenía en la planta donde se encontraba ella y se volvió para ver quién se bajaba. Al ver al rey

Gamil, se sorprendió. Nunca lo había visto en el hospital.

—¡Kamal!

El rey pasó junto a ella casi sin mirarla. Parecía enfadado.

—Padre —dijo Kamal al verlo.

—¿Qué has hecho con Johara? —dijo con furia. —¿Qué te hace pensar que he hecho algo con ella? —No está en el palacio.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has ido a verla? —Su doncella dice que se ha ido.

Ali se sentía como si estuviera en medio de una batalla. Se retiró tras una esquina pero seguía oyendo la conversación. No era difícil, puesto que el rey estaba gritando.

—¿Por qué crees que yo sé dónde está?

—No me trates como a un idiota.

—De acuerdo. Lo he arreglado todo para que mi hermana y su hijo vayan a un lugar donde estén seguros y felices.

—Dime dónde está.

—Johara me pidió que no dijera dónde se encuentra.

—Soy su padre. No tienes derecho a ocultarme dónde está. Te exijo que me lo digas.

—He hecho una promesa a mi hermana y no incumpliré mi palabra.

—¿Tu palabra? ¿Es eso más importante que una orden del rey?

—En este caso… sí. Le prometí a Johara que siempre la apoyaría.

—¿Cómo vas a hacerlo si no está aquí?

—He hecho lo que ella me pidió. Le he facilitado la posibilidad de criar a su hijo en armonía.

—¿Contra el deseo de su padre?

—No eres su padre desde hace años.

Al oír sus palabras, Ali se estremeció. Hacía falta mucho valor para ponerse de parte de su hermana sabiendo que el rey se enfadaría y, sobre todo, para decirle las cosas claras.

—Eres un hombre débil, Kamal. Tengo grandes dudas sobre tu capacidad para convertirte en un buen rey —dijo con mezcla de dolor y rabia.

El rey se dio la vuelta y se dirigió al ascensor pasando por delante de ella. Ali observó a Kamal. Estaba en el mismo sitio, pero la expresión de su rostro era de disgusto.

Se acercó a él y colocó la mano sobre su hombro.

—Sólo quiero decirte que está equivocado.

—¿Mi padre?

—Sé que no debía haberos escuchado. Así que denúnciame si quieres.

—¿Y en qué está equivocado?

—Vas a ser un rey estupendo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Has mantenido tu palabra, a pesar de que tu padre estuviera muy disgustado.

—Algunos me llamarían imbécil. No estoy tan seguro de que estuvieran equivocados.

—Yo sí lo estoy. No puedo ni empezar a comprender a lo que tendrás que enfrentarte cuando te conviertas en gobernador de tu país. Pero creo que lo que hiciste por Johara fue lo correcto. Aunque echaré de menos a ella y a su bebé.

—Yo también.

—Está claro que la quieres mucho. Sé lo difícil que ha debido ser dejarla marchar. Me parece que lo que hiciste ha sido muy elocuente. ¿Qué más se puede pedir a un rey?

—Es mi deseo ser un buen rey, para que este país ocupe un buen lugar en el nuevo orden mundial. Me gustaría mejorar el nivel de vida de los ciudadanos. Un hombre débil no puede hacer tal cosa.

—Tu padre estaba enfadado. Ha dicho todo eso porque está dolido. No cree lo que dijo.

—Cree cada palabra.

—Sabías que iba a enfadarse. Si crees lo que ha dicho sobre ti, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué organizaste todo para que tu hermana pudiera marcharse del país?

—Porque era lo correcto. Porque Johara me lo pidió —miró a Ali y le tomó las manos—. Y porque tú lo deseabas —dijo con una medio sonrisa.

Se volvió y entró en la sala de conferencias.

Ali pestañeó varias veces para asegurarse de que no estaba soñando. ¿Había ayudado a su hermana para que saliera del país porque ella se lo había pedido? El corazón le latía con tanta fuerza que pensaba que iba a estallar.

Se presionó las sienes con los dedos tratando de pensar. Johara y

el bebé ya no estaban en el palacio, así que ella ya no tenía por qué quedarse allí. Tenía que alejarse de Kamal. Él pertenecía a ese mundo, pero ella no.

Aunque la atraía la idea de convertirse en la mujer de sus sueños, sabía que era algo imposible. Y él también lo sabía, por eso sólo quería una aventura amorosa con ella. Y si él decidía seguir adelante con su intención, ella estaría metida en un gran lío. Porque no estaba segura de cuál sería su respuesta. Antes hubiera tenido la posibilidad de mantener a raya sus sentimientos.

Pero el gesto heroico de Kamal había hecho que fuera algo imposible.

Capitulo 7

ALI RECORRIÓ varias habitaciones del palacio para comprobar que no se dejaba ningún artículo personal. Después de la reunión del Comité de Calidad que se había celebrado el día anterior, le había informado a la princesa Farrah que regresaría a su apartamento del recinto estadounidense. Mientras estaba en el trabajo, los empleados del palacio le habían hecho el equipaje.

Al ver que no le faltaba nada cerró la maleta y la sacó al recibidor.

Llamaron a la puerta y supuso que era el chofer que la princesa Farrah le había prometido que le enviaría. Cuando abrió, se sorprendió al ver a la princesa en persona. Detrás de ella había un sirviente con un carrito.

—Ali, cariño, no podía permitir que te marcharas sin tomar el último té.

Ali no tenía prisa por regresar a un apartamento vacío. La compañía era más que bienvenida. Y quizá nunca más tuviera la oportunidad de tomar té en el palacio.

—Entre, por favor.

La princesa sonrió y entró en la habitación. Con un gesto de la mano hizo que el sirviente entrara con el carrito. Él obedeció y comenzó a servir el té sobre una mesita que había en el salón.

—¿Necesita algo más, Alteza? —dijo colocando una bandeja de sándwiches y otra de pasteles sobre la mesa.

—No. Gracias, Khalid.

Él asintió y se marchó.

—Ali, me gustaría darte las gracias por el apoyo que le has dado a mi sobrina —dijo la princesa, y se sentó en el sofá semicircular—. Espero que no haya sido mucha molestia interrumpir tu vida para quedarte aquí.

Ali se sentó en la esquina del sofá y la miró.

—Princesa Farrah, no quiero ser impertinente ni irrespetuosa, pero habría que ser estúpido para considerar el hecho de vivir en el palacio una molestia.

La princesa soltó una carcajada.

—No considero que seas para nada impertinente. Eres encantadora. Y te echaremos de menos. Creo que Kamal más que nadie.

—¿Por qué lo dice? Apenas lo veo.

—Sé que ayer discutió con el rey.

Ali asintió.

—¿Cree que Kamal se ha equivocado al ayudar a su hermana a marcharse? ¿Cree que ha cometido un error?

La princesa sirvió dos tazas de té y le entregó una a Ali.

—Voy a echar mucho de menos a mi sobrina —dijo—. Y a su bebé.

Ali se sorprendió al ver que las lágrimas afloraban a sus ojos.

—Lo siento, Alteza, no debí habérselo preguntado. Si prefiere no hablar sobre esto…

—Estoy bien. Pero la idea de no poder tomar en brazos al bebé que hemos esperado durante tanto tiempo —suspiró—. Me entristece. Pero es algo a lo que hay que enfrentarse.

—¿No puede ir a ver a Johara, allá donde esté?

—Kamal no dirá dónde se encuentra… ni siquiera a mí. Ya se lo he preguntado. Su hermana desea que su padre no la encuentre. Está preocupada por si la hace regresar.

—¿Lo haría?

—Sé que no lo comprenderás, pero él quiere mucho a Johara. Es posible que la obligara a regresar.

—¿Y eso no le parece bien?

—Sí y no. Los echo mucho de menos. Pero estoy de acuerdo con mi sobrina en que éste no es un ambiente saludable para que se críe el bebé. Gamil ha de aprender que las antiguas costumbres no siempre son las mejores. Mi sobrina ha cometido un error, pero tratarla con dureza significa perder no a uno, sino a dos miembros de la familia. Creo que ha aprendido mucho, que será una buena madre y una persona productiva. Esté donde esté —sonrió—. Me alegra que estuvieras con Kamal cuando se enfrentó a su padre.

—No estaba con él. Oí la conversación.

—Kamal se preocupa mucho por su padre y le gusta que opine bien de él. Las duras palabras que le dijo Gamil lo afectaron mucho. Pero él me contó lo que le dijiste después. Y he de decir, que su ánimo parecía mucho mejor de lo que yo esperaba.

—¿Su relación se verá afectada a causa de este incidente?

—Se les pasará. Kamal le dirá a su padre que hizo lo que creía que estaba bien y que no quería ofenderlo. Gamil le contestará que

un hombre no puede hacer más que lo que siente que está bien. Y todo terminará.

—¿Tan simple como eso?

—A veces los hombres son muy simples —dijo la princesa—. Es un arma de doble filo.

Ali se rió, pero todavía quería hacer una pregunta.

—,¿Fue el padre de Kamal quien lo enseñó a que no podía enamorarse, y ser un buen rey?

La princesa dejó escapar un suspiro y puso la taza sobre la mesa.

—No pronunció las palabras, pero ése fue el mensaje. Mi hermano se enamoró locamente dos veces y en ambas ocasiones perdió a la mujer de su vida. Su primera esposa, la madre de mis tres sobrinos, murió de cáncer.

—Kamal me contó cómo murió la madre de Johara.

—La muerte de Daria fue inesperada. Era bastante joven y creo que eso se lo hizo más difícil a Gamil. Cayó en una fuerte depresión y durante un tiempo le resultó muy difícil cumplir con su deber. Kamal tuvo que sustituirlo.

—¿Y entonces aprendió que para hacer un buen trabajo y entrar en los libros de historia como un buen líder, nunca debe enamorarse?

—Sí —confirmó la princesa—. El amor es una debilidad y el hombre que herede el trono de El Zafir no puede sucumbir ante él.

—Es muy triste —dijo Ali.

—Me temo que mi sobrino ha aprendido la lección demasiado bien. Ha crecido sabiendo que algún día gobernará el país y desea hacerlo lo mejor posible. No permitirá que los sentimientos personales interfieran con su deber.

—¿No forma parte de su deber proporcionar un heredero al trono?

—Sí.

—Y probablemente, la madre ideal sea una mujer de la realeza.

—Mi hermano me ha pedido ayuda para crear una lista de posibles candidatas para que se conviertan en la esposa de su hijo.

—Suena como a una selección para un trabajo.

—La sucesión de la corona es un trabajo muy serio —explicó la princesa—. En tu país hay un presidente y un vicepresidente, y la línea sucesoria se establece en la Constitución. Pero llevamos

cientos de años siendo una monarquía y la función de gobernador la hereda el hijo mayor del rey. Kamal tiene la responsabilidad de casarse y tener un heredero. Ha tenido muchas oportunidades para elegir esposa y todavía no lo ha hecho. El tiempo apremia.

—¿Por qué? Kamal no es tan mayor, Alteza. ¿No tiene todo el tiempo del mundo?

87

—Su padre desea retirarse, pero no lo hará hasta que Kamal se haya casado.

Ali sintió un escalofrío. El proceso de selección de esposa para Kamal era desalmado. Menos mal que su nombre no aparecería en la lista. Pero en el fondo, sabía que era mentira. Entre Kamal y ella había algo. Química, o lo que fuera.

La princesa se puso en pie.

—Debo irme. Pero quería que supieras lo mucho que aprecio lo que has hecho por Johara.

—No ha sido nada —dijo Ali poniéndose en pie—. Sólo he dormido aquí. Kamal ha sido el que la ha ayudado de verdad.

—Esto no es una despedida —dijo la otra mujer—. Estoy segura de que te veré en las celebraciones planeadas para la inauguración oficial del hospital.

—Seguro.

Antes de salir, se volvió y dijo:

—Por cierto, los especialistas invitados al congreso de medicina han comenzado a llegar. Creo que uno de ellos viene del hospital donde tu trabajabas en Texas. A lo mejor lo conoces. Se llama Turner Stevens.

—Sí —Ali trató de mantener la compostura aunque el corazón le latía muy rápido..

—Me alegro de que vayas a encontrarte con un amigo de tu país. Adiós, cariño.

—Adiós.

Ali cerró la puerta. ¿Que si lo conocía? El mundo era cada vez más pequeño. De todos los países petrolíferos del mundo, Turner tenía que aparecer en el que estaba ella. Ali no deseaba verlo. ¿Si no para qué había dejado su trabajo y se había ido a la otra punta del mundo?

Ali ocupó su puesto en la puerta de la cafetería del hospital. Acababan de terminar los talleres de la mañana y ella se había ofrecido a responder cualquier pregunta y a guiar a los participantes del congreso al comedor. El chef de la familia real hacía los honores en la cocina y las mesas estaban servidas como si fuera un restaurante de cinco estrellas.

Ella vio que Turner Stevens salía del ascensor y se dirigía hacia ella. Para entrar en el comedor tenía que pasar por delante suyo, tal y como lo había planeado.

—Hola, Alí —le dijo con una sonrisa.

—Turner, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Qué tal tú?

¿Que qué tal ella? La última vez que habían hablado en Texas él le contó que le había propuesto matrimonio a la hija del jefe de servicio del hospital. Ali se había quedado de piedra y se había marchado para evitar que él viera sus ojos llenos de lágrimas. Antes de que él supiera lo humillada que se sentía al ver cómo había elegido a una mujer mejor, tal y como había hecho su padre con su madre.

—Estoy fenomenal —dijo ella—. No podría estar mejor.

—Tienes un aspecto estupendo —dijo él—. Supongo que trabajar en la otra punta del mundo te sienta bien.

—Supongo. ¿Has tenido oportunidad de ver algo del país?

—Un poco.

—Es fabuloso. Hay un museo cerca de los edificios de gobernación que es maravilloso. Sé lo mucho que te gustan los museos y en éste se explica detalladamente la historia de El Zafir y su gente. Cómo se descubrió el petróleo y el impacto que tuvo en la economía. Creo que te gustará.

—Gracias. Iré a verlo.

Se miraron durante unos instantes. Él no había cambiado ni una pizca. Seguía teniendo los ojos azules y de mirada poco sincera.

—Me sorprende…

—Deberías…

—Habla tú —dijo ella.

—Vale —aceptó él—. El doctor McCullough dijo que te ofreciste voluntaria para mostrarnos el hospital esta mañana. Me sorprendió un poco.

—¿Por nuestro pasado?

—Sinceramente… sí.

Ella lo había hecho a propósito. Estaba a cargo del área de Maternidad y puesto que muchos de los médicos que asistían al congreso eran de esa especialidad, habría podido encontrarse con Turner en cualquier momento, y prefería hacerlo en su terreno y a su manera. No iba a permitir que su primer encuentro tras muchos años fuera casual. Quería estar preparada y tenerlo todo bajo control para no darle la satisfacción de que pensara que todavía estaba enamorada de él.

Ali respiró hondo.

—Lo nuestro es agua pasada. Aquí es donde trabajo y estoy muy orgullosa de ello. Este hospital es uno de los mejores en los que he trabajado. El .príncipe de la corona Kamal Hassan no ha escatimado en gastos para que así sea. Este congreso es una de las maneras mediante las que piensa mantenerse al día de los últimos avances en medicina, tanto en tecnología como en tratamientos e investigación. Quiere que se convierta en un evento anual.

—Parece un buen tipo. —Lo es.

—Gracias —Kamal apareció detrás de ella.

—No lo había visto —dijo ella.

—Estabas ocupada. Por favor, preséntame a tu amigo.

—Oh, no somos amigos —dijo ella—. Solíamos ser…

—¿Sí? —preguntó él.

Ali tenía la sensación de que Kamal ya lo sabía. —Turner Stevens, Su Alteza Real Kamal Hassan, príncipe de la corona de El Zafir y el anfitrión de este evento.

—Un placer conocerlo —dijo Turner, y le tendió la mano.

—El placer es mío —dijo Kamal—. Bienvenido a mi país.

—Gracias. Estoy muy impresionado con el hospital. Y, por supuesto, también con el personal —dijo mirando a Ali—. Puedo decirle, por experiencia personal, que Ali sabe perfectamente lo que hace.

—Ya lo sé —dijo Kamal—. Recientemente ha nacido un nuevo miembro de la familia real y Ali ha sido de gran ayuda.

Los dos hombres mantuvieron una pequeña conversación y Al¡ se sintió como si estuviera observando un partido de tenis. ¿Podían ser más diferentes? Hubo un tiempo en el que ella pensó que Turner

era lo mejor del mundo. Era un hombre apuesto, inteligente y ambicioso. Tan ambicioso que la dejó por una mujer que le sería más útil en su profesión.

Kamal era inteligente, atractivo y diligente. Todavía no había elegido una mujer que le fuera útil en su trabajo, pero lo haría. Sin embargo, sus motivos no eran personales. De hecho, él estaba sacrificando su felicidad personal por su país y su pueblo.

—Doctor Stevens, no me gustaría hacerle perder el almuerzo. Puedo asegurarle que estará exquisito.

—No me cabe ninguna duda, Alteza —se dirigió a Ali—. ¿Me acompañarás?

—Tengo muchas cosas que hacer para prepararme para esta tarde y para mañana —dijo ella, negando con la cabeza.

—Por cierto —dijo Kamal—, me gustaría verte para hablar del acto inaugural.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—Te enviaré a mi chofer más tarde, cuando hayas terminado tu trabajo.

Ella quería decirle que debían hablar de negocios en horas laborables y no por la noche. Pero con Turner presente y escuchando todo lo que decía, no podía hacerlo. El príncipe de la corona valoraba su opinión y ella deseaba preguntarle a Turner que cuál era su opinión sobre ella en esos momentos. También deseaba poder decirle a Kamal que no quería pasar sus horas libres con él. Pero eso sería una gran mentira.

—De acuerdo, Alteza. Lo veré más tarde.

—Esperaré impaciente.

Capítulo 8

KAMAL paseaba de un lado a otro de sus aposentos, impaciente por la llegada de Ali. Hacía cuarenta y cinco minutos que había enviado la limusina para que fuera a buscarla. Su apartamento no estaba lejos del palacio. Justo en el momento en que se disponía a hacer una llamada, golpearon la puerta y se dirigió a abrir. Ella estaba en el pasillo.

—He estado esperándote.

—Siento haber tardado tanto —dijo ella, y entró en el recibidor.

—El trayecto hasta el palacio no lleva tanto tiempo.

—No. Salí tarde del trabajo y quería refrescarme un poco. No estabas preocupado por mí, ¿verdad?

—Por supuesto que no. El esfuerzo que has hecho mereció la espera. Estás preciosa.

Llevaba un vestido blanco de punto y una chaqueta a juego que le llegaba hasta los tobillos. El cabello peinado de manera casual, pero de tal forma que hizo que Kamal deseara acariciárselo mientras sus cuerpos desnudos se entrelazaban. La imagen hizo que se le acelerara el corazón.

—Estás siendo amable conmigo porque sé que estoy hecha una piltrafa. He estado corriendo durante todo el día en el trabajo. Todo el personal del área de Maternidad ha estado al límite porque varias mujeres se pusieron de parto a la vez. Parece ser que los bebés no podían esperar a la inauguración oficial del centro. Todos han sido partos normales menos uno. La madre tuvo complicaciones.

Con cuidado, Kamal le sujetó la barbilla para verle los ojos. Tenía ojeras debido al cansancio. Ali siempre era fuerte, y estaba dispuesta a ayudar en cualquier momento. Pero ¿en quién se apoyaba ella?

Le tomó la mano y le dijo:

—Ven, te serviré una copa de vino.

—Es la mejor oferta que me han hecho en todo el día.

Él la guió hasta el salón e hizo que se sentara en el sofá que daba al ventanal con vistas al mar. Sobre la mesa de cristal había una cubitera con una botella de vino blanco enfriándose. Kamal la descorchó y sirvió dos copas. Le entregó una a Ali y con la otra, se sentó a su lado. Sus caderas se rozaron y él colocó el brazo sobre el respaldo del sofá, pero sin tocarla. Aunque lo deseaba.

—¿La madre y el bebé? ¿Están bien? —preguntó Kamal.

Ella asintió.

—De hecho, si tenía que suceder fue en el mejor momento.

—¿Por qué?

—Por el congreso, teníamos especialistas en obstetricia para dar y tomar. El doctor McCullough le pidió a Turner que mostrara la técnica de cauterización con láser más reciente que se utiliza para detener hemorragias.

—¿Turner? ¿El hombre con el que te he visto hoy?

Ali bebió un poco de vino y arqueó una ceja.

—No finjas que no sabes quién es.

—Por supuesto que lo sé. Es el canalla al que tenemos que agradecerle tu presencia en El Zafir.

Ella sonrió.

—El mismo que le propuso matrimonio a otra mujer que no era yo.

Algo por lo que Kamal le estaría eternamente agradecido. Sin embargo, le molestaba que Ali hubiera trabajado con él ese día.

—Es el hombre que te hizo daño, ¿cómo puedes halagarlo?

—No lo halago a él, sino a su talento como médico.

—¿Lo consideras heroico?

—¿En medicina? Sí. ¿Como ser humano? Es el más canalla entre los canallas. ¿De qué querías hablar conmigo?

Kamal estaba tan asombrado por el nudo qué se le formaba en el estómago al pensar en Ali con su antiguo amante que no era capaz de comprender su cambio de tema.

—¿Qué?

—Me pediste que viniera porque decías que querías hablar conmigo de una serie de cosas.

—Sí. Es una lástima que ya no estés viviendo en el palacio.

—¿Me echas de menos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tu tía me lo mencionó. La tarde que me mudé a mi apartamento tomamos el té juntas y me dijo que de toda la familia real, tú eras el que más me echaría de menos.

—¿Ah, sí?

—Me dijo que le habías contado que habías discutido con tu padre por haber ayudado a Johara a marcharse a los Estados Unidos. La princesa Farrah dijo que creía que estabas agradecido porque yo estuviera allí para hablar contigo después. ¿Eran suposiciones suyas o es la verdad?

—Un poco de las dos —dijo él.

Kamal recordó que su padre lo había acusado de ser un hombre débil respecto a su hermana. Si el rey se enteraba de que además estaba agradecido porque Ali estuviera presente para darle apoyo después de la discusión que mantuvo con él, dudaría firmemente de la capacidad de Kamal para ser un gobernador fuerte.

—Bueno, ¿y de qué querías hablar conmigo que era tan urgente como para requerir mi presencia en palacio? —lo miró a los ojos—. ¿Para qué estoy aquí?

«Para mantenerte alejada del médico estadounidense», pensó Kamal. No iba a permitir que aquel hombre volviera a hacerle daño.

—Tengo muchas cosas en mi cabeza. ¿Qué es lo que dije?

—Que tenía que ver con la ceremonia de inauguración —le recordó ella.

—Ah, sí. Quiero que me acompañes al evento —Ali abrió bien los ojos, pero Kamal no fue capaz de descifrar lo que sentía. Ni tampoco lo que sentía él. Desde aquella tarde, cuando vio a Ali con otro hombre, lo invadía un sentimiento de incertidumbre. Era algo nuevo para él y no le preocupaba demasiado—. Bueno, sólo te he pedido que me acompañes —dijo al ver que ella no contestaba—. Es una pregunta sencilla. No comprendo por qué tardas tanto en responder.

—Eso es porque eres un hombre de la realeza.

—No comprendo qué tiene que ver el género o el estatus social con todo esto.

—Te lo explicaré —dijo ella, después de beber un poco de vino

—. La inauguración es un acto formal que requiere un atuendo formal. Eres el príncipe de la corona, lo que hace que el atuendo sea aún más importante.

—Estarías preciosa con cualquier cosa —«o sin nada», pensó él, y notó cómo se excitaba.

—Eres un adulador desvergonzado. Creo que será mejor que no vaya.

Si sólo se trataba de ropa, él podía solucionarlo. Si era porque Ali no quería que su relación se volviera más cercana, era otra historia. Los extraños sentimientos que Kamal había experimentado al verla con otro hombre lo convencieron de que debía conseguir tener una aventura con ella. Debía conseguir quitársela de la cabeza para poder continuar con su futuro.

Dejó la copa sobre la mesa, agarró la de Ali y la dejó junto a la suya.

—Tenemos un asunto por terminar.

—¿Tenemos? Yo no…

Se acercó más a ella y le acarició el cabello.

—Creo que fue aquí donde lo dejamos cuando mi hermana eligió el peor momento para ponerse de parto.

—Ah —dijo ella casi sin respiración—. Eso.

—Sí… eso —sonrió él—. No me gusta dejar cabos sueltos.

—¿Eso es lo que soy para ti?

—Eres la mujer más inolvidable del mundo —dijo él, acariciándole un mechón.

—Y tú, caballero, eres un diablillo con lengua de plata.

—Me gusta como suena eso.

—No pienses, ni por un minuto, que me afectan tus halagos.

—Nunca pensé tal cosa —dijo él, y le acarició la mejilla. Después pasó un dedo por sus labios con mucha delicadeza y notó cómo a Ali se le aceleraba la respiración.

De pronto, no podía esperar a besarla de nuevo. Agachó la cabeza y acercó la boca a la suya. Ali suspiró y se estremeció. Kamal la agarró por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella le rodeó el cuello con los brazos y presionó los senos contra su pecho.

Kamal sintió que se le aceleraba el corazón. Le acarició los labios con la lengua y ella los separó para invitarlo a entrar. Cuando le acarició el interior de la boca, sintió que una ola de calor recorría

su cuerpo. Durante unos instantes, sus lenguas permanecieron entrelazadas y en continuo movimiento.

Cuando se separaron, Kamal la besó en el cuello, en el hombro, a la vez que llevaba la mano a uno de sus senos para acariciárselo. Ella gimió y se acercó más a él.

Kamal sentía que le faltaba aire en los pulmones. No podía pensar de manera coherente cuando estaba con esa mujer. ¿Qué tenía Ali que le producía tanto deseo? Siempre había sido capaz de evitar esa clase de sentimientos hacia las mujeres, sin embargo, Ali hacía que quisiera olvidarse de todo menos de ella. Deseaba hacerle el amor hasta que ningún otro hombre ocupara su pensamiento.

Anhelaba llevarla a su cama y acariciarle todo el cuerpo hasta que fuera incapaz de pensar de manera coherente. Deseaba entrelazar sus cuerpos y pasar toda la noche junto a ella.

No quería dejarla escapar.

La idea fue tan repentina que necesitaba una respuesta. La besó en los párpados, en la nariz y detrás de la oreja antes de susurrar:

—Ali, quédate conmigo esta noche.

—Kamal —contestó ella—, no puedo respirar cuando me besas así.

—Me alegro —dijo él con una sonrisa.

Ella lo soltó, respiró hondo, se puso en pie y dijo:

—Tengo que irme.

Él también se puso en pie.

—Pero si acabas de llegar. Había pensado que podíamos cenar…

—No es todo lo que tenías planeado —se volvió antes de que pudiera ver la expresión de su rostro y se dirigió a la puerta.

Kamal la siguió y colocó la mano sobre la puerta para que no pudiera abrirla, la besó en el cuello y la oyó suspirar.

—Dime que mis caricias no te hacen desear más. —Kamal… No sé si todo esto está bien. —Por supuesto que sí.

—Para ti, quizás. Pero no estoy segura de si para mí también.

—Permíteme que cure el daño que él te causó.

—No sólo es lo que Turner me hizo. También tiene que ver conmigo.

—Cuéntame. Quiero saberlo absolutamente todo sobre ti. Entonces te mostraré lo que está bien para los dos.

—¿Sin contar con el mañana? No puedo. Por favor, déjame salir.

—De acuerdo. Por ahora. Pero esto no es el final —respiró hondo y retiró la mano para que pudiera marcharse.

—Buenas noches —dijo ella, y se alejó deprisa por el pasillo. Kamal entró en el salón y agarró la copa en la que había bebido Ali. Todavía tenía el contorno de sus labios marcado en el borde. Eran unos labios absolutamente preciosos. ¿Por qué se había marchado? ¿Era por haber visto a su antiguo amor? ¿Todavía sentía algo por ese canalla?

Él había confiado en que para ese momento ya habría tenido bajo control sus sentimientos hacia la enfermera estadounidense. Sin embargo, cada vez se sentía más cautivado por ella. No podía ceder ante la fascinación. Debía encontrar la manera de convencerla para que fuera suya. Entonces, podría olvidarla con facilidad y continuar con su futuro.

Ali acababa de dejar pasar a Penny Hassan, la esposa del príncipe Rafiq Hassan, a la consulta del doctor McCullough. La princesa estaba a mitad del embarazo y había ido a hacerse una revisión rutinaria. Ali esperaba en la sala de enfermería.

Al ver que había un periódico junto al ordenador leyó el titular:

¿Qué clase de mujer hay que ser para casarse con un jeque?

Agarró el periódico y leyó el artículo. Era una entrevista con la princesa Farrah que hablaba de la inauguración del hospital. La princesa elogiaba a su sobrino por el trabajo que había hecho por el bienestar de la gente: El consideraba que la atención sanitaria era un derecho de todos los ciudadanos. A mitad del artículo, el entrevistador cambiaba de tercio y preguntaba sobre el hombre que la prensa había calificado como: El soltero de la realeza más cotizado.

La princesa contestaba diciendo que su sobrino estaba tan ocupado que el rey y ella habían tenido que realizar una lista de mujeres para que el príncipe eligiera a una como esposa y que pronto se tomaría la decisión. Ali estaba tan inmersa en la lectura que no se dio cuenta de que alguien más estaba en la sala.

—Un artículo interesante —dijo Penny mirando el periódico.

—Sí.

Ali tenía dificultad para respirar. Era como si sobre su pecho

tuviera un gran peso. Comprendía que Kamal debía casarse, pero por algún motivo, al leer el artículo la información le había parecido algo muy doloroso. —Pareces asombrada.

Ali dejo el periódico y miró a Penny.

—¿Por qué lo dices?

—No es un secreto que Kamal está loco por ti.

—Eso no es cierto —dijo ella.

—Opino lo contrario. Me di cuenta la primera vez que os vi a los dos en los jardines del palacio, la noche del baile benéfico. Kamal trataba de convencerte para que aceptaras un trabajo aquí. Ya entonces, se sentía atraído por ti.

Ali nunca olvidaría esa noche. Poco después de que le presentara a Penny y a Rafiq, Kamal la había besado bajo la luz de la luna. Y ella le había dicho que estaba comprometida. Pensaba que era verdad, pero descubrió que Turner le había propuesto matrimonio a otra mujer. Aquella noche, Kamal la había sorprendido por su osadía al besar a una mujer comprometida con otro hombre, pero también le había dado el beso más seductor que le habían dado nunca. Pero no esperaba volverlo a ver jamás.

—Si acaso estaba interesado, fue sólo porque lo rechacé. Imagino que no está acostumbrado a que le digan que no.

Aunque la noche anterior, en sus aposentos, lo había oído alto y claro. Ali no estaba segura de dónde había sacado la fuerza necesaria para soltarse de su abrazo. Ni de cómo había podido rechazar los besos que tanto deseaba.

—Es cierto. Me temo que la palabra no se ha erradicado del vocabulario de la realeza. Después de todo, aquí estás. Es evidente que la princesa Farrah te convenció para que aceptaras la oferta.

—Sí —Ali no pensó que fuera necesario contarle lo de Turner—. Entre el generoso salario y la posibilidad de aventura, era la oportunidad de mi vida.

—Recuerdo que la misma noche que te conocí, Rafiq dijo que su tía debería estar al mando del departamento de recursos humanos del país. Dijo que tenía mucho talento para reclutar personal cualificado. No estoy segura de si sabes que Crystal y yo la conocimos en Nueva York, donde una selecta agencia de empleo le había dado una lista de candidatas para el puesto de niñera de los gemelos de Fariq. Yo llegué tarde a la entrevista y ya habían

contratado a Crystal. Pero la princesa Farrah y yo nos caímos bien y ella me ofreció un trabajo como su secretaria.

—No. No lo sabía.

—Cuando llegué, me asignaron a Rafiq. Su padre se había apropiado de su secretario y yo lo sustituí. No descubrimos hasta mucho más tarde que su padre y su tía habían estado haciendo de celestina. Al parecer, la princesa hizo lo mismo cuando contrató a Crystal.

—¿Qué quieres decir?

—El rey estaba disgustado debido a un escándalo que se había producido en el palacio. La antigua niñera se había enamorado de Rafiq. No puedo culparla. Yo me enamoré de él nada más verlo —sonrió—. El rey ordenó que contrataran a una mujer corriente para cuidar de los niños porque pensaba que así se pondría fin a los escándalos del palacio. A Fariq le pareció bien porque ya lo había pasado mal por culpa del amor y no quería volver a sufrir. Pero Crystal necesitaba el trabajo y ocultó su atractivo poniéndose unas gafas horribles y vistiéndose con ropa fea.

—¿Y Fariq se percató de cómo era ella en realidad?

—¿Bromeas? Es un hombre —dijo ella con una sonrisa—. Pero la princesa Farrah se dio cuenta enseguida. Más tarde nos enteramos de que había decidido desde el primer momento que Crystal era la mujer adecuada para Fariq y que la había contratado aposta.

—Muy interesante.

—De hecho, lo interesante es que la princesa Farrah también te ha contratado a ti.

—No lo entiendo.

—Está haciendo de celestina otra vez —dijo Penny.

—Eso es lo que dice el artículo. Pero no tiene nada que ver conmigo.

—¿Y por qué crees tal cosa?

—Porque aquí dice que la princesa Farrah y el rey han entrado en negociaciones con las familias reales de países vecinos para encontrar una esposa para el príncipe heredero.

—¿Y?

—Pues que está claro que pretenden que se case con una princesa. Eso demuestra que tu teoría es equivocada.

—Crystal y yo somos estadounidenses. Ninguna tenemos nada que ver con la realeza. Y nos hemos casado con príncipes. Sigo con mi teoría.

—Pero ninguno de vuestros maridos es el príncipe heredero. Además, él tiene que tener herederos. La mujer que tenga sus hijos será una princesa.

—Crystal y yo pensábamos lo mismo. La noche del baile benéfico Crystal me ayudó a peinarme y maquillarme. Yo estaba tan nerviosa con la idea de asistir al evento que ni siquiera me pregunté cómo alguien que llevaba un peinado tan poco atractivo y que no se ponía maquillaje, podía ser capaz de hacer milagros con mi aspecto —suspiró al recordar aquella noche—. Cuando terminó de arreglarme me advirtió que no me enamorara en el baile como la Cenicienta. Me dijo: la vida no es un cuento de hadas. Cuando el reloj dé la medianoche, nada cambiará. Tú regresarás a tu habitación, te quitarás el vestido y tendrás que trabajar a la mañana siguiente. Las chicas como nosotras no se casan con príncipes. Sin embargo, las dos nos hemos casado con ellos.

—¿Y qué me quieres decir? —preguntó Ali.

—Estás medio enamorada de Kamal. Como ya te dije antes, no es secreto que él trata de conquistarte. Podrías ser la tercera esposa del desierto. La que algún día se convertirá en reina.

Ali negó con la cabeza. No tenía intención de compartir con nadie que Kamal le había hecho proposiciones, pero no con promesas de amor eterno. Él le había ofrecido tener una aventura.

—Aunque sea verdad lo que dices, Kamal es el príncipe heredero. Puede que tontee conmigo, pero apuesto a que se casará con una princesa. La madre de sus hijos tendrá sangre real.

—No estoy tan segura. Crystal y yo tenemos un pasado corriente. Creo que la princesa Farrah eligió mujeres como nosotras para sus sobrinos a propósito. Mujeres normales que equilibraran la vida de los príncipes y no permitieran que fueran demasiado orgullosos. Está claro que eres una mujer trabajadora, como nosotras.

—Sigo pensando que te equivocas. Cuando Kamal ocupe el trono, a su lado estará una princesa de sangre real.

—El tiempo lo dirá —dijo Penny, y miró el reloj—. Esta conversación es fascinante, pero he quedado con Rafiq para comer.

Quiere saber cómo fue la revisión.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, como siempre. —Me alegro.

—¿Te veremos en el acto inaugural? —preguntó Penny.

Quedaban seis días para la ceremonia. —No.

—Qué lástima. Esperaba verte allí. Adiós, Ali.

Ali observó cómo Penny se metía en el ascensor. No tenía sentido decirle que Kamal no la querría después de cómo lo había dejado la noche anterior. Pero no tenía otra elección. Se había convencido de que no podía tener una aventura con él. No podía entregarle su cuerpo si no le entregaba el corazón.

Sabía que no podía aspirar a más con el príncipe de la corona porque no era la clase de mujer que atraía a ese tipo de hombres. Turner se lo había enseñado. Lo que necesitaba era un hombre corriente como ella.

Sin embargo, Kamal se sentía atraído por ella. Se lo había demostrado con sus besos. Pero él creía que no podía permitirse sucumbir ante el amor. Y ella no quería casarse con él aunque él quisiera. ¿No era así?

Ya no estaba tan segura. Al menos, había aprendido que cuando llegara el momento y encontrara al hombre adecuado, éste debía quererla por cómo era. Kamal era el hombre equivocado porque no podía prometerle más que una relación apasionada de tiempo limitado.

Era como si hubiera trazado una línea en la arena al proponerle una aventura en lugar de matrimonio. Y ella había decidido no traspasarla.

Capítulo 9

AL DÍA siguiente llevaron al apartamento de Ali un perchero llenó de vestidos de diseño. Kamal los había enviado para que se los probara. Al final, se los probó, aunque no necesitaría ninguno para la ceremonia de inauguración que se celebraría cinco días más tarde.

Ali se miró en el espejo que había en la puerta del vestidor de su habitación. El vestido largo que llevaba contrastaba con el resto de su habitación. Era imposible ignorar el contraste entre lo pretencioso y lo práctico.

Cuando la noche anterior salió de la habitación del príncipe Kamal, pensaba que él había comprendido el mensaje. Pero después de que Penny saliera del hospital, una mujer apareció en el despacho de Ali diciendo que la enviaba el príncipe Kamal para que le tomara las medidas. Por lo visto, también le había encargado una serie de vestidos de su talla para que eligiera el que quería llevar al acto inaugural.

¿Es que Kamal nunca abandonaba? Lo que estaba haciendo con ella era chantaje. Se miró en el espejo y admitió que era efectivo. Iba a resultarle difícil no aceptar su oferta cuando el vestido largo de tul color rosa que llevaba la hacía sentirse como una princesa.

Se miró en el espejo desde todos los ángulos posibles. Suspiró y pensó que era una lástima no poder ponerse ese vestido en público. Incluso, aunque pudiera comprarlo, cuando regresara a su vida normal en Texas, no tendría muchas oportunidades para lucirlo.

Llamaron a la puerta y se quedó paralizada. No esperaba a nadie. Quizá, lo mejor fuera que no abriera.

Llamaron de nuevo y se sobresaltó. Era evidente que, fuera quién fuera, no estaba dispuesto a marcharse.

—¿Quién es? —preguntó al fin.

—Soy Kamal.

Ali respiró hondo. ¿Cómo no se le había ocurrido que él podía aparecer allí? Además, él ya sabía que ella estaba en casa, así que no tenía elección. No podía dejarlo en la puerta. Era de mala educación. Incluso aunque la hubiera pillado probándose los vestidos.

Puso una gran sonrisa y abrió la puerta.

—Hola.

Kamal se quedó mirándola de arriba abajo y ella se sonrojó al darse cuenta de que su mirada había quedado clavada en los hombros que tenía al descubierto. Al verla, él sonrió de pura satisfacción.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto —dijo ella, y se retiró a un lado.

—Es un apartamento muy acogedor —dijo él.

—Es bastante cómodo.

Ali miró a su alrededor y decidió que todo el apartamento, con sus dos habitaciones, un baño, la cocina, el salón y el comedor, cabría en el salón de la habitación que solía ocupar en el palacio. Otro recuerdo más del contraste que había entre ambos.

—Estás preciosa —dijo él, y se cruzó de brazos sin dejar de mirarla.

Ella deseó poder ocultar su pecho, pero entonces demostraría que su mirada la inquietaba. En cambio, puso las manos en las caderas y dijo:

—No creas que no sé lo que estás tramando.

—No estoy-tramando nada —dijo él.

—La última vez que estuvimos juntos…

—¿Sí? —preguntó él, dejándole claro con la mirada que recordaba el beso que habían compartido.

Ella también lo recordaba. Con todo detalle. Y deseaba que la besara de nuevo. Deseaba estar entre sus brazos presionada contra su pecho. Deseaba que la acariciara por todo el cuerpo, pero nada de todo lo anterior era posible.

—Te dije que no tenía nada elegante para ponerme el día de la ceremonia.

—Lo recuerdo.

—Enviaste a una mujer para que me tomara medidas y lo siguiente que pasa es que recibo una docena de vestidos en mi apartamento.

—¿Te molesta?

—Sí.

—Eres la primera mujer que conozco que se queja por recibir vestidos bonitos.

—No son los vestidos lo que me molesta, sino la táctica manipuladora que has utilizado.

—Explícate, por favor.

—Intentas convencerme para que vaya a la ceremonia contigo.

—Simplemente estoy quitando los obstáculos que pueden impedir que aceptes venir conmigo. Eres libre de rechazar mi invitación.

—Sabías que no iba a ser capaz de resistirme a probarme esos vestidos.

—Sospechaba que quizá te gustaría tener la oportunidad de ponértelos. Eso es todo. Nunca te obligaré a hacer algo que no desees.

—Pero no tengo ningún sitio a donde ir con estos vestidos. No acepté ir a la ceremonia contigo.

—Ah, pero tampoco dijiste que no. Sólo dijiste que no tenías nada apropiado que ponerte para la gala.

—Aún no tengo nada que ponerme —dijo ella—. Estoy segura de que todos estos vestidos tienen un precio que se sale de mi presupuesto.

—¿Y si no tuvieran precio?

—Pero seguro que… deben tener… No pueden ser gratis.

—Pueden serlo, si la diseñadora te los regala.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa?

—Si te los pones en un acto público y te fotografían junto a mí, le harás mucha publicidad.

—¿Y por qué iba yo a querer hacer eso?

—La diseñadora es una mujer de aquí que ha descubierto mi tía Farrah. Su nombre empieza a ser conocido en el mundo de la moda y el vestido adecuado en la mujer adecuada podría asegurarle el futuro.

—Así que no sólo te estaría dejando a ti de lado, sino que mi

decisión afectaría también a la princesa Farrah y a alguien que tiene bajo su cuidado.

—Así es.

«¿Y ahora qué?», pensó AH. Kamal la atraía demasiado como para decirle que no. Y le mentiría si le dijera que no quería ir a la gala. Pero había una cosa que necesitaba saber antes de aceptar la invitación.

—Kamal, ¿recuerdas la propuesta que me hiciste?

—Cada día.

—Bueno, pues mi respuesta es no. —Ya veo —dijo él tensando la boca.

—No, creo que no lo comprendes. No soy esa clase de mujer. No es mi estilo. Estoy buscando algo permanente y satisfactorio con un hombre normal.

—¿Y yo no soy normal?

Ella se rió.

—No podrías ser normal ni aunque tu vida dependiera de ello. Así que, una aventura no es para mí.

—¿Y crees que diciéndome esto dejaré de invitarte a la ceremonia?

—Sólo creo que debes saberlo en caso de que prefieras anular la invitación.

—No. Deseo que me acompañes. —Entonces, acepto.

—Y me gustaría que llevaras ese vestido. —Pero no es nada conservador —protestó ella.

—Lo será cuando te pongas el chal que va a juego para ocultar tu preciosa piel de las miradas de otros hombres.

—¿Cómo sabes que tiene un chal a juego? —Este vestido lo elegí yo —sonrió.

Ali no había visto a Kamal desde la noche en que apareció en su apartamento cinco días antes. En esos momentos, estaba a punto de salir de la limusina para ir al baile. Era el acto inaugural del hospital y se sentía como la Cenicienta a pesar de que Kamal no había ido a recogerla en un coche de caballos. El estaba más atractivo que nunca.

Cuando le dio la mano para ayudarla a salir del coche, se dio

cuenta de lo nerviosa que estaba. Se sentía maravillosa con ese vestido. Nunca sería princesa, pero en aquel momento se sentía como una.

Kamal le apretó la mano para tranquilizarla y le ofreció el brazo para que se agarrara a él.

—Estás bellísima —le dijo.

—Tú también estás muy bien.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Esa era mi intención.

—Es hora de enfrentarse al mundo. ¿Estás preparada? —preguntó él—. No te pongas nerviosa.

—¿Es un orden real?

—Sin duda.

Nada más acercarse, los fotógrafos y periodistas entraron en acción. Los flashes se disparaban desde todos lados. Los guardaespaldas de Kamal contenían a la multitud para que los dejaran pasar. Ali oyó cómo la gente susurraba: «¿Quién es esa? Nunca la había visto. ¿Será la futura reina?» «Si supieran que soy Ali Matlock, una mujer corriente de Texas…», pensó ella, y la idea la hizo sonreír.

Kamal la guió hasta el edificio contiguo al hospital donde se habían preparado varias mesas frente a una tarima. A medida que avanzaban entre los invitados ella podía ver las caras conocidas de varios doctores que había atendido durante el congreso de los días pasados junto a sus esposas. De pronto, vio a Turner. Estaba solo, de pie y tenía una copa de champán en la mano.

Ali lo había visto varias veces durante la semana, pero había evitado sacar el tema de su prometida. En parte, porque no quería saber nada de ella y en parte porque quería que él pensara que lo de ellos realmente era agua pasada. Pero ya tenía claro que la prometida de Turner no lo había acompañado al viaje. Cuando sus miradas se encontraron, él sonrió y levantó la copa para saludarla. Ella asintió y miró a Kamal, justo en el momento en que éste tensaba la mandíbula y miraba fijamente a Turner.

Se acercaron al fondo de la habitación. El resto de la familia real ya estaba en la mesa principal. Cuando Kamal y ella se unieron a ellos, el resto de los invitados tomó asiento y los camareros sirvieron la comida. Ali estaba demasiado nerviosa para comer. La

decoración era preciosa y quería fijarse en todos los detalles para no olvidarlos jamás. Era un mundo que no volvería a ver y la idea la hacía entristecer.

Finalmente, Kamal se presentó y leyó un discurso que tenía preparado. Cuando terminó, miró a los asistentes y dijo:

—Quiero dedicar este lugar a mi difunta madre adoptiva, por ello lo he nombrado Daria Hassan Memorial Hospital. Y les pido que centren todos los recursos posibles en la lucha contra la enfermedad y para la conservación de la vida. Gracias a todos por venir.

Un fuerte aplauso inundó la habitación y Ali miró a Kamal. Un profundo sentimiento invadió su pecho. Él había conseguido su objetivo. Y para ello había invertido mucho tiempo, mucha energía y muchos recursos. Pero no había abandonado. Sólo un hombre capaz de tener sentimientos profundos podría haber cumplido ese compromiso. Quizá tratara de apartar sus sentimientos, pero no podría hacerlo siempre. Ali creía que Kamal podía llegar a enamorarse, una vez que ya había cumplido su objetivo. Pero el hombre que se convertiría en rey no le entregaría su amor a una mujer como ella.

Una vez más, la tristeza se apoderó de ella.

Kamal estaba rodeado de periodistas. Nadie iba a echarla de menos si salía a tomar el aire. Buscó la salida y se dirigió al jardín. Sentir el aire fresco contra su piel le pareció una delicia.

—Hola, Ali —oyó de pronto.

—Turner —dijo cuando se volvió para ver quién la llamaba.

—Estás preciosa —dijo él acercándose a ella.

—Gracias —se fijó en él y vio que seguía igual de atractivo que siempre. Tiempo atrás había pensado que lo amaba, y cada vez que lo veía se le formaba un nudo en el estómago. Sin embargo, esa noche no sucedió.

Porque no era Kamal.

—Cuéntame, Turner. ¿Cómo está tu prometida? ¿Cómo se llamaba? ¿Lynnda?

—Bien —dijo él—. El personal del hospital no va a creer cómo está la que fue nuestra pequeña Ali.

Ella intentó sonreír.

—¿Habéis fijado ya la fecha de la boda?

—¿Cuéntame que tienes con el príncipe?
—Somos amigos.
—Me sorprendió que te fueras a la otra punta del mundo a trabajar. ¿Estás contenta en El Zafir?
—Muy contenta —contestó con sinceridad. Le encantaba su trabajo y se sentía realizada profesionalmente—. Pero tú… Debes estar emocionado. Casarse es toda una aventura. Y para ser un hombre que se gana la vida trayendo niños al mundo, debes estar ansioso por formar tu propia familia.
—No tengo prisa —se puso tenso—. Prefiero hablar sobre ti. ¿Qué tal es eso de convivir con la realeza?
—Interesante.
—¿Has estado en el palacio?
—De hecho, viví allí un par de semanas.
—Estoy seguro de que al príncipe le pareció algo estupendo —dijo con sarcasmo—. ¿También lo llaman arrejuntarse?
—Estuve allí por causas oficiales.
—¿Como enfermera? ¿Por qué?
—No puedo contártelo. Y me gustaría saber más de Lynnda y de ti. ¿No quiere tener hijos? ¿Su reloj biológico no la apremia?
—No tengo ni idea —dijo con brusquedad.
De pronto, Ali lo comprendió todo. Turner había sido abandonado por la mujer por la que él la abandonó a ella.
—Lynnda te ha dado el pasaporte.
—Fui yo quien rompió con ella —dijo con rabia—. No estaba a gusto. Después de que salieras huyendo…
—No salí huyendo —soltó ella—. Aproveché una oportunidad laboral.
—Una que en un principio habías rechazado —le recordó—. Porque estábamos juntos.
—Las cosas acaban saliendo de la mejor manera.
—Esta vez no. Cuando te fuiste me di cuenta de que te echaba de menos —la agarró de los brazos—. Debí haberte pedido que te casaras conmigo, Ali.
—Turner, no…
—Fui un idiota. Debí haberte propuesto matrimonio cuando todavía podía. ¿Crees que he venido aquí por el congreso? He venido por ti, Ali —la miró con desesperación—. Dame otra

oportunidad. Dime que no es demasiado tarde para nosotros.

Ali habría evitado que la besara si no hubiera estado agarrada. Cuando Turner la besó en los labios esperaba sentir lo mismo que había sentido otras veces. Sin embargo, no fue así. Sólo sintió lástima por él.

—No, Turner… —se movió y le obligó a que la soltara—. Sin duda es demasiado tarde.

—No quieres decir eso.

—Nunca he estado más segura de algo en mi vida.

—¿Por qué? ¿Hay otra persona?

—No. Sólo he dado un paso adelante.

—Es por el príncipe —la acusó—. Hay algo entre vosotros, ¿no es así? —No.

Deseaba decirle que era porque era un manipulador y un trepa en la escala social, y que se alegraba de haberse separado de él. Pero no le serviría de nada. Él la había herido, pero ella no necesitaba herirlo a él. No sentía nada hacia él, y fue entonces cuando se percató de que nunca lo había amado.

—Estás mintiendo, Ali.. Un hombre como ése te utilizará y luego te dejará. No es tu tipo.

El hecho de que tuviera razón no le hizo cambiar su percepción hacia él. ¿Cómo había creído que le importaba ese hombre? Por fortuna, el tiempo y la distancia le habían hecho ver la verdad.

—Tengo que regresar dentro —dijo ella con frialdad.

Turner le bloqueó el camino.

—Tengo que decirte más cosas.

—¿Ali? —la voz hostil de Kamal llegó desde la otra punta del jardín.

—Kamal… quiero decir, Alteza —dijo ella.

Kamal deseaba agarrar al otro hombre con las manos. Había escuchado parte de la conversación que había tenido con Ali y estaba seguro de que la había besado. Tomó la mano de Ali y la besó.

—Llevas mucho tiempo separada de mí. No soporto tu ausencia ni un momento más. ¿Nos disculpa, doctor?

Sin esperar a que Turner contestara, colocó la mano de Ali sobre su codo y, agarrados, salieron del jardín. Pero Kamal no estaba preparado para regresar al interior del hospital. Cerca de donde se

estaba celebrando la gala había un patio desde el que podía oírse la música.

Se detuvo y, mirándola a los ojos, le preguntó:

—¿Me concedes este baile?

—Por supuesto. Eres mi héroe. Mi caballero con brillante armadura. Mi campeón.

—¿Y eso? —preguntó él con satisfacción.

Ella le dio la mano; y él la agarró. Comenzaron a moverse al ritmo de la música.

—Turner quería que regresara con él —dijo sin más.

La rabia se apoderó de Kamal. La imagen de Ali en brazos de otro hombre era impensable. No soportaba imaginársela con nadie más que no fuera él.

—¿Y no quieres hacerlo? —le preguntó con serenidad.

—No. Lo estropeó todo.

—Sin duda —dijo él con una sonrisa.

La pregunta era cómo iba a conseguir él no estropearlo todo también. Ali había rechazado la propuesta de tener una aventura con él. Sin embargo, él cada día la deseaba más.

Lo que significaba que después de esa noche, sería una distracción aún mayor. Observó su bonito rostro y comprendió que tenía que encontrar la manera de terminar con la incertidumbre que ella le provocaba.

Ninguna otra mujer lo había hecho sentirse así, y encontraría la manera de que Ali dejara de hacerlo.

Capítulo 10

ALI ESTABA acurrucada en su cama y vestida con un batín cuando llamaron a la puerta y decidió no abrir. No le importaba quién estuviera al otro lado. Seguía asombrada por la noticia que había visto en la CNN horas antes. Los periodistas habían mostrado secuencias de la gala que se había celebrado la noche anterior y después se habían centrado en Kamal y en sus proyectos de matrimonio.

La información la había pillado por sorpresa y un fuerte dolor intentaba apoderarse de ella. Por suerte, el trabajo la había ayudado a centrar su atención en otras cosas durante el día. Pero tan pronto como salió del hospital, la tristeza se apoderó de ella.

«Estúpida», se amonestó. Creía que no podría superarlo nunca.

Llamaron a la puerta por segunda vez y con más insistencia. Estaba claro que querían que abriera. La última vez que ocurrió aquello, era Kamal quien estaba al otro lado. El recuerdo hizo que se le encogiera el corazón y que las lágrimas afloraran a sus ojos. No podía ser él. Según las noticias que había oído, no tendría motivos para ir a buscarla.

Se sentó en la cama y esperó en silencio unos instantes confiando en que se marchara. Pero no fue así. Llamaron a la puerta por tercera vez.

Ali se dirigió a la puerta y tras retirar la cadena de seguridad, abrió una rendija.

—¿Estás enferma? —le preguntó Kamal mirándola de arriba abajo,

—No —contestó ella. Deseaba cerrarle la puerta en la cara, pero sabía que era injusto. Tenía motivos para estar enfadada, pero no con él. Kamal nunca le había mentido. Había sido sincero con ella

desde el primer momento. Lo miró y deseó poder odiarlo. Pero le ocurría justo lo contrario.

Había pensado que era lo bastante inteligente como para no enamorarse de él. Sin embargo, a pesar de todo, sentía algo muy fuerte por Kamal. Había intentado controlar sus sentimientos, pero había fracasado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Kamal con preocupación.

—¿Qué te hace pensar que me pasa algo?

—Estás vestida como para meterte en la cama y aún es temprano.

—He tenido un día duro. Deseaba llegar a casa para descansar.

Era la pura verdad. Los días eran más duros cuando se tenía roto el corazón. Se necesitaba mucha energía para ocultárselo a los pacientes y compañeros de trabajo. Sólo deseaba dormir, pero no podía.

—Deberías haberme informado de que no ibas a asistir a la cena de empleados del hospital.

—¿Por qué tenías que saberlo?

—Soy el príncipe heredero.

—Me olvidé —mintió ella. No tenía ganas de discutir.

Lo cierto era que Ali sabía que Kamal estaría en la cena para decir unas palabras a los empleados y que no tenía fuerzas para enfrentarse a ello. Porque las lágrimas que inundaban sus ojos en esos momentos, se habrían derramado humillándola en público. Era incapaz de contenerlas.

—Ya basta —Kamal apoyó la palma contra la puerta y empujó para abrirla del todo—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—No me digas eso —la agarró con firmeza por los brazos—. Estás llorando y quiero saber por qué.

Ella se encogió de hombros y trató de sonreír.

—Cosa de mujeres… Me siento un poco triste. A veces me pasa y lo mejor es estar sola un rato. Siento lo de la cena. Gracias por pasar, pero estaré bien…

—Basta —la sacudió flojito—. No eres el tipo de mujer que llora y se evade de sus obligaciones. Insisto en que me digas qué sucede. Veo lágrimas en tus ojos. ¿Ha pasado algo en el hospital? ¿A alguno de tus pacientes? ¿Ha sido el canalla? ¿Ha contactado contigo?

Quiero saber por qué estás triste. Cuéntamelo.

Ella no deseaba hablar de él con él. Sólo empeoraría las cosas. ¿Por qué no la dejaba tranquila?

—Mira, Kamal, no es nada del trabajo. Es algo personal…

—Es él. ¿Qué ha hecho para hacerte daño?

El congreso había terminado hacía dos semanas. Ali no había vuelto a saber nada de Turner desde la noche de la gala. Y desde luego, Turner Stevens no iba a hacerla llorar.

—No. Él ya no puede volver a hacerme daño. Gracias a ti.

Kamal le acarició el cabello.

—Entonces, cuéntame, Ali. Me estás volviendo loco. Alguien te ha hecho daño.

—Estás sacando conclusiones. Eso no lo sabes.

—Te equivocas. Mentiste cuando dijiste que te habías olvidado de la reunión. Mentir no se te da bien, y eso me gusta. Pero eso quiere decir que estás huyendo de algo que te hace daño.

—¿Huyendo? ¿De qué estás hablando?

—Buscaste trabajo en mi país después de haberlo rechazado' una vez porque huías del dolor que te había causado la traición de un hombre —la miró—. Cuando se divorciaron, tu madre huyó de tu padre, cortando sus ataduras. Ahora, has huido de una cena del hospital.

Ali puso las manos en las caderas.

—¿Quién te ha enseñado a pensar así?

—No hace falta ser licenciado en psicología para verlo. El comportamiento de salir huyendo cuando te hacen daño es lo que aprendiste de pequeña.

—¿Y?

—Pues que cuando sepa quién es ese hombre, haré que se arrepienta por lo que te ha hecho. Se arrepentirá incluso de haber nacido —la miró fijamente a los ojos—. Quiero saber cómo se llama. Ahora.

Ella lo miró, incapaz de desviar la vista.

—Se llama Kamal Hassan.

—¿Yo? —dio un paso atrás—. No lo comprendo.

—Tengo que sentarme —de pronto, sentía que las piernas no podían sujetarla. Se volvió y se dirigió al sofá.

Kamal la siguió y se sentó junto a ella.

—Explícamelo.
—He visto en la CNN que… Dijeron que vas a anunciar tu compromiso con la princesa Mikayla Sharif, de un país vecino del que no recuerdo el nombre —se alegró de que las lágrimas no amenazaran con escapar de sus ojos—. Así que, supongo que he de darte la enhorabuena.
—¿Crees que estoy comprometido?
—No es algo nuevo, Kamal. Sé desde el primer momento que ibas a casarte.
—Entonces, ¿por qué sufres?
Era un hombre. Peor que los otros. No sólo no se lo ponía fácil, sino que además quería hablar de ello. ¿Desde cuándo un hombre quería hablar de sentimientos?
—Me duele que vayas a casarte porque me he enamorado de ti. Ya está. Puedes marcharte.
El la observó en silencio durante un instante.
—Tengo la solución para tu desdicha —le dijo al fin.
—No hay solución. Y no me digas que con el tiempo me sentiré mejor. Es posible que sea cierto, pero no me debes nada. Nunca me has mentido ni me has hecho creer que podríamos tener algo más que una aventura. Así que, será mejor que separemos nuestros caminos.
—Tengo una idea mejor.
—Por supuesto —suspiró ella— ¿Y cuál es?
—Te casarás conmigo.
—¿Qué? —preguntó asombrada. No podía creer lo que estaba oyendo.
—Quiero que te cases conmigo. Es la respuesta perfecta.
—Pero estás comprometido con otra. El rey… Tu tía… Está claro que han elegido a alguien para ti. He oído que…
—No sé nada de todo esto y si mi padre ha elegido a alguien para mí, habría sido el primero en enterarme. La información no me llega a través de los medios de comunicación. Acabo de hacer una elección. Te lo repito, deseo que te cases conmigo.
—Si no te conociera, pensaría que lo dices en serio.
—Lo digo en serio. Esto no es motivo de broma.
No. Eso lo había dejado claro. Así que debía decirlo en serio. De pronto, Ali se sintió como si le hubieran quitado un peso de encima

y la invadiera la felicidad.

Kamal le agarró las manos y le besó el dedo anular de la mano izquierda. Ali sintió que se le aceleraba el corazón.

—Cásate conmigo, Ali —repitió.

—Sí —susurró ella.

—Nos casaremos en cuanto esté todo arreglado —se puso en pie y tiró de ella—. Serás una magnífica reina —le dijo, y la besó con mucha pasión.

Kamal estaba sentado detrás de su escritorio con la misma sonrisa de toda la mañana. La noche anterior, Ali había aceptado su propuesta y él había conseguido librarse del sentimiento incierto que había experimentado al verla con otro hombre.

Ali era suya. Y la idea lo hacía sonreír.

Emir apareció en la puerta de su despacho.

—Alteza, la señorita Matlock ha venido a verlo.

—Hágala pasar —le dijo, contento de poder verla antes de la tarde.

Instantes después, Ali entró en el despacho y el asistente cerró la puerta. Como siempre, se le cortó la respiración al verla.,Se puso en pie y se acercó a ella.

—¿Por qué has venido? Aunque me complace verte —añadió.

—Quiero hablar contigo —dijo ella.

—¿Qué pasa, Ali? —preguntó Kamal mirándola a los ojos.

—Yo… —tragó saliva—. Es que…

Kamal le agarró las manos y la guió hasta un sillón de piel.

—Siéntate, por favor. Sea lo que sea, puedes contármelo. Vamos a casarnos.

—Es eso… —lo miró a los ojos—. Cuando me pediste que me casara contigo, fui muy feliz.

—Bien.

—Pero he tenido tiempo para pensarlo. No me has dicho ni una vez lo que sientes por mí.

Él había pensado que habían hablado de todo lo necesario y que tenía la situación bajo control. Su reacción lo pilló por sorpresa.

—¿Por qué te lo cuestionas? Te pedí que te casaras conmigo y aceptaste. No hay nada más que decir.

—Hay mucho más que decir.

—¿Cómo qué? —se cruzó de brazos.

—¿Por qué me propusiste matrimonio?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por favor, deja de responder a mis preguntas con otra pregunta —dijo ella—. Puede que te funcione en las negociaciones con otros países, pero no funcionará conmigo. ¿Por qué me pediste que me casara contigo?

—Porque cumples todos lo requisitos que deseo para mi esposa.

—¿Puedes ser más específico?

—Te preocupas por mi gente. El entusiasmo que muestras en el trabajo del hospital lo demuestra. Eso también me indica que te preocupa el futuro de este país. Eres encantadora y muy fotogénica.

—Y salgo muy bien —dijo con sarcasmo.

—Eso es. Después de la gala, los periodistas estaban ansiosos por saber quién era la dama que me acompañaba —decidió utilizar los halagos para calmarla. No tenía ni idea de por qué estaba enfadada, pero lo mejor era que utilizara un método conocido.

—¿Algo más?

—Sí —dijo él—. Eres inteligente.

Ali se alisó el vestido que llevaba.

—¿Has terminado?

—Serás una buena esposa.

—¿Aunque no tenga sangre real? Sólo soy una chica de Texas.

—A pesar de lo que tú creas, la sangre real no es un requisito para convertirse en mi esposa. Eso no asegura que se vayan a tener herederos fuertes y saludables.

—¿Y crees que yo puedo tener hijos robustos y sanos?

—Sí —dijo él—. No hay nada más que decir. Hay aspectos mucho más importantes que la sangre real.

—¿Como cuáles?

—Me haces reír.

—¿Ah, sí? —Ali esbozó una sonrisa.

Kamal se inclinó y apoyó las manos en los brazos de la butaca donde ella estaba sentada.

—Sí —dijo sin dejar de mirarla. La besó en los labios y detrás de la oreja. Ella se estremeció y, al verla, sonrió—. No puedo esperar a que seas mía. Eres la mujer perfecta para convertirte en mi esposa.

Comenzó a besarla de nuevo, pero ella colocó la mano sobre sus labios.

—No. No puedo pensar cuando me besas.

—Piensas demasiado. Es mucho mejor sentir sin más —le agarró la mano y le besó los dedos. Después, le acarició el antebrazo y antes de que la hiciera perder el control, ella se puso en pie.

—¿Qué ocurre, Ali?

—¿Me quieres? —preguntó ella. —Eso es irrelevante.

—Para mí es lo más relevante. Anoche, cuando me pediste que me casara contigo, estaba… emocionada.

—Bien. Entonces…

—No he terminado. Y esto es demasiado importante como para permitir que me distraigas.

Kamal se cruzó de brazos y se apoyó en el escritorio.

—De acuerdo, continúa.

—Estaba destrozada porque tenía la sensación de que te habías comprometido con otra mujer y que lo nuestro había terminado. Entonces, me pides que me case contigo y me haces sentir como si estuviera en la cima del mundo.

—¿Qué tratas de decirme?

—Nunca me has dicho que me quieres —afirmó ella.

—Te he dicho lo que siento por ti.

—Has enumerado mis cualidades. Quiero saber qué es lo que sientes.

—Me siento de manera excepcional… al menos así me sentía antes de que comenzara esta ridícula conversación.

—¿Te molestan las cosas personales?

—Sí —al ver la expresión de Ali, añadió—. Eres la mujer con la que he elegido pasar el resto de mi vida.

—¿La mujer a la que serás fiel? —preguntó arqueando una ceja.

—¿Cómo puedes dudar de eso? Soy un hombre honrado que da ejemplo a su pueblo. Cuando nos casemos, siempre te seré fiel.

—¿Porque me quieres?

—Porque serás mi esposa y la madre de mis hijos.

—¿Para cumplir con tu deber?

—Así es —dijo él, complacido porque ella comprendiera.

—Entonces, he cambiado de opinión y voy a rechazar tu propuesta.

—¿Por qué? —preguntó asombrado.

—No comprometeré mis sueños conformándome con menos de lo que deseo o merezco.

—Estás hablando de una declaración de amor —dijo él enfadado —. Anoche no te cuestionaste nada de eso y desde hace semanas sabes cuál es mi postura sobre ese asunto.

—El amor no es un punto de vista político. Sin él, el matrimonio es una locura. Anoche estaba desbordada por la felicidad. Hoy veo las cosas con más claridad.

—Tu comportamiento hace que lo dude.

—Habrá personas que estén de acuerdo contigo. Pero para mí está claro que tu visión del matrimonio es casarse por deber. Y sólo me necesitas por eso. No es suficiente. Quiero algo más —afirmó Ali…

—¿No te parece adecuado ser mi reina? Puedo dártelo todo… dinero, riquezas, pasión…

—Sin amor, no servirá de nada. Elegiría antes a un fontanero que me amara incondicionalmente que a un príncipe que considera que no soy más que una obligación —se dirigió a la puerta—. Adiós, Kamal.

—¿Vas a ignorar las condiciones del contrato y marcharte a casa antes de tiempo?

—¿Quieres decir que si voy a salir huyendo? —Sí.

Ali suspiró.

—No. Siempre te agradeceré que hicieras que me diera cuenta de eso. Es hora de cambiar. No importa lo duro que sea seguir viéndote… sintiendo lo que siento por ti… Me quedaré y cumpliré con mi contrato.

Kamal percibió la expresión de dolor del rostro de Ali, y supo que había necesitado mucha fuerza para decir sus palabras. Era magnífica. Su carácter y fuerza de voluntad eran características que le gustaría que tuvieran sus hijos. Pero también era cabezota. El no podía decirle lo que ella deseaba escuchar. No podía ceder ante la debilidad del amor.

—Me alegro de que vayas a quedarte.

Ali dio un paso atrás como si la hubieran golpeado. Acababa de perder toda la esperanza.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—Siento haberte disgustado —dijo con la mayor formalidad posible.

—¿Disgustado? —ella se rió, pero no había nada de humor en su risa—. Eso no describe cómo me siento. Es peor que cuando mi padre me abandonó por otra familia. Es más profundo que lo que sentí cuando Turner me destrozó el corazón y le pidió a otra que se convirtiera en su esposa. Lo peor de todo es que no hay ninguna medicación que te ayude a superar el dolor.

—Es tu decisión.

—No. Es la tuya. Pero tengo que vivir con ella. Y tú también.

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Kamal se quedó mirando el espacio que había ocupado la mujer con la que deseaba casarse y sintió que un fuerte sentimiento de vacío se apoderaba de él.

Capítulo 11

AMAL miró el reloj que había sobre su escritorio y suspiró. Eran las diez pasadas y había vuelto a perderse la cena. Se frotó los ojos y dejó los informes que estaba leyendo sobre la mesa. Se recostó en la silla y sintió sus músculos doloridos. Llevaba mucho tiempo trabajando, pero el dolor que sentía no era nada comparado con la soledad que lo invadía cuando estaba desocupado.

No conseguía olvidarse de Ali. Tenía que encontrar la manera de suavizar la tensión que había entre ellos y comenzar de nuevo.

—¿Todavía estás trabajando? —le dijo su tía Farrah desde la puerta. Kamal vio que el rey estaba a su lado.

—Es tarde, tía Farrah. ¿Qué haces aquí?

—Es tarde, hijo mío —contestó su padre—. Por eso hemos venido a verte.

—No hay motivo.

—Tu tía y yo estamos preocupados por ti.

—No lo comprendo. Todo va bien. No hay motivo para preocuparse.

—Al contrario —dijo el rey—. Hemos oído que tus empleados comentan…

—¿Cuál de ellos? —preguntó Kamal.

—Todos —contestó su padre—. Durante las dos últimas semanas has estado trabajando muchas horas y esperas que tus empleados hagan lo mismo.

—No le exigiría a nadie que haga lo que yo no hago —protestó Kamal.

—Eso es lo que queremos decir —dijo su tía—. Vas a matarte con ese horario de locos. Pero no se puede permitir que tus empleados tengan que hacer lo mismo. Amenazan con marcharse.

—Estoy bien. Hablaré con mis empleados. Ahora, si eso es todo… —al ver que no se marchaban, preguntó—. ¿Qué pasa?

Su tía se sentó en una de las butacas que había frente al escritorio. Era la misma que había utilizado Ali dos semanas antes. Desde entonces, Kamal sentía un fuerte vacío en su interior.

Las noches eran lo peor. Y cuando conseguía dormir, tenía pesadillas.

La había visto varias veces en el hospital, pero siempre a distancia. Echaba de menos las conversaciones que mantenía con ella y sus sabias opiniones. Se había acostumbrado a verla cada día y confiaba en que los besos apasionados formaran parte de su rutina con ella. Nada de eso podía hacerlo desde la distancia.

Pero para acercarse de nuevo, ella le pedía el corazón. ¿Cómo podía dárselo?

—No hemos terminado todavía —dijo su tía—. Estás irritado y hablas con sarcasmo. Pierdes la compostura a la mínima provocación. No te pareces nada al Kamal que eras.

—Soy el mismo de siempre —dijo él, sabiendo que no era verdad.

Farrah miró a su hermano que estaba en la otra butaca.

—Va a negarlo todo, Gamil. Creo que la única solución es una intervención emocional.

—Estoy de acuerdo —dijo el rey.

—¿De qué habláis? —preguntó Kamal.

Farrah lo miró a los ojos.

—Hasta hace dos semanas pasabas mucho tiempo con Ali Matlock.

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor, Kamal. Es imposible que hagas nada sin que se entere todo el palacio.

—¿Y qué quieres decirme?

—Hace dos semanas, cedí un artículo sobre tu compromiso a los periodistas.

—¿Por qué? —recordó las lágrimas en los ojos de Ali cuando hablaron de ello—. ¿Por qué implicaste a la prensa?

—Me estaba impacientando al ver el tiempo que Ali y tú tardabais en daros cuenta de lo que sentís el uno por el otro.

—¿Qué sentimientos?

—Tu tía es una celestina —intervino el rey—. Es la responsable de que Penny y Crystal estén con tus hermanos.

—¿Recuerdas que después de mi viaje a Nueva York, durante el que contraté a Crystal y a Penny, pasé por Austin, Texas para visitar a nuestros amigos los Prescott? —le preguntó su tía.

—Lo recuerdo.

Pero Kamal no comprendía qué tenía que ver todo eso. Se preguntaba si ella sospechaba que Johara y su hijo estaban bajo la protección de esa familia. Sam Prescott, el hijo del padre de su amigo, le debía un favor y había prometido no contarle a nadie dónde se encontraba su hermana.

—Durante la visita, sentí un fuerte dolor en el pecho que resultó no tener importancia. Pero los Prescott insistieron en que fuera a urgencias. Ali estaba ayudando a una mujer que daba a luz. Así es como nuestros caminos se cruzaron.

—No comprendo qué tiene que ver eso con todo esto, tía Farrah.

—Mucho. Tan pronto como la conocí, pensé que sería perfecta para ti.

—Así que le ofreciste el trabajo en el hospital para traerla aquí para mí.

—Sí. Y acerté. Te enamoraste de ella.

—Me he ocupado de que eso no sucediera.

—Eres un idiota si crees que puedes controlar tus sentimientos —protestó su tía.

—Eso me han dicho.

—Es por mi culpa, ¿no es así, hijo mío? —su padre lo miró con tristeza—. Crees que por cómo me comporté después de la muerte de tu madre y de tu madrastra, el hombre que se convierta en rey no puede arriesgarse a sufrir esa debilidad.

—Es un defecto emocional que no se le permite al heredero al trono de este país.

—No hay nada malo en amar a una mujer. Si es la mujer adecuada, tu amor por ella te hará ser más fuerte.

—¿Y si se pierde a esa mujer? —preguntó Kamal.

—Eso es el destino y no se puede controlar. Sólo puedo decirte que un hombre es más poderoso por tener el amor de una mujer. Estoy seguro que has oído hablar del rey británico al que le prohibieron casarse con la mujer que amaba por la tradición de la

época. Renunció al trono.

—¿Qué quieres decir, padre?

—Dos cosas. Primera, no es necesario que lleves solo el peso de la responsabilidad. Si necesitas ayuda, estaré a tu lado igual que tú estuviste a mi lado.

—¿Y la segunda?

—No tenemos poder sobre las circunstancias.

Pero darle la espalda a la mujer que amas es una tontería, algo que no está valorado en un líder. —Pero padre…

—Nadie lo sabe mejor que yo… Es mejor haber amado y haber perdido a la persona amada que no haber amado nunca.

—Aunque el amor te haya hecho darle la espalda a tu querida hija.

El rey apoyó los codos en las rodillas y se agarró las manos.

—Fue una época oscura para mí. No deseaba continuar adelante.

—¿Y ella se parecía tanto a su madre que verla significaba un doloroso recuerdo de su muerte? —Sí. No me siento orgulloso de esto. Me siento culpable por su rebeldía y su resultado.

—El resultado es un bebé, tu nieto —dijo Kamal. —Sí.

—Le diste la espalda a propósito, padre, porque después de la muerte de su madre tenías miedo de querer demasiado. Y al hacerlo, debes responsabilizarte de lo que le ha pasado.

—Ahora me doy cuenta —contestó el padre agachando la cabeza.

—Pero nunca se lo has dicho.

—¿Has estado en contacto con tu hermana? —preguntó el rey, mirándolo a los ojos.

—Sí.

—¿Están bien?

—Johara está preparándose para entrar en la universidad. Quiere licenciarse en Empresariales.

—Ella siempre decía que quería seguir estudiando en los Estados Unidos. ¿Imagino que es allí dónde está?

—Le he prometido que nunca le diría a nadie dónde se halla.

—¿Ni a su padre?

—Le preocupa que la obligues a regresar. Sin la prueba de que has cambiado de actitud, se niega a someter a su hijo a un ambiente como el que había cuando se marchó.

—La echo de menos —susurró.

Kamal miró a su padre. El amor que el rey sentía por su hija era evidente. Kamal comprendió que el hombre había tratado de controlar sus sentimientos para no ceder ante la debilidad. Había sido un desastre. Johara había sufrido mucho y él había perdido el amor de su querida hija.

—Tu padre no es perfecto —dijo la princesa Farrah—. Comete errores, como el que cometió con tu hermana. Pero la prueba de que se es un hombre fuerte está en reconocer los errores y en tratar de solucionarlos.

—Tu tía tiene razón —dijo el rey.

—Por supuesto. Es hora de que reconozcas tus errores y endereces el rumbo de tu vida, Kamal.

—No hay nada equivocado en mi vida —protestó él—. ¿Así que fuiste tú quien filtró la información a la prensa? ¿Para acelerar las cosas entre Ali y yo?

—Sí —admitió ella—. ¿Y quiero saber qué le has hecho a Ali? ¿Qué has hecho para que se aleje de ti?

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar que he hecho algo?

—Porque eres un hombre. Y el príncipe de la corona. Por supuesto que has hecho algo.

—Fue lo que no puedo hacer lo que causó el problema —admitió.

—Cuéntamelo.

—Me niego a amarla.

—Creo que es demasiado tarde para eso, hijo mío —dijo el rey —. El amor no es algo de lo que haya que avergonzarse. Los recuerdos del amor me ayudaron en los momentos difíciles. Ahora me doy cuenta de que mi debilidad no era haber amado, sino negarme a pedir la ayuda que necesitaba.

—Estoy de acuerdo, hermano —dijo la princesa—. Kamal, te enamoraste de Ali la primera vez que la viste.

Kamal temía que su tía estuviera en lo cierto.

—Tu madre me dijo una vez: Para el mundo eres una persona, pero para una persona eres el mundo entero —intervino el rey—. En mi vida, he sentido dos veces que se desmoronaba el mundo. La segunda, tú eras lo suficientemente mayor para ayudarme. Pero eso no es excusa para disculpar que no pidiera ayuda. Siempre tendrás

el apoyo de tus hermanos. No cometas los mismos errores que yo o sufrirás grandes pérdidas igual que yo. No te alejes de la persona qué significa todo para ti. Un buen gobernante no huye de los problemas, sino que se enfrenta a ellos.

—Refugiarse en el trabajo es lo mismo que salir huyendo —intervino su tía—. Y me gustaría decirte que aunque te niegues a pronunciar la palabra amor, no conseguirás que el sentimiento desaparezca.

Kamal se apoyó en el respaldo de la silla. Tenían razón y él lo sabía. Lo había intentado todo para tratar de llenar el vacío que Ali había dejado en su vida, pero no lo había conseguido.

—No voy a decir que tenéis razón, pero ¿qué sugerís que haga? —les preguntó.

—Debes ir a ver a Ali y admitir que estabas equivocado —le sugirió Farrah.

—Imposible —dijo su padre.

—No —dijo Kamal—. Yo nunca me equivoco.

—Lo más sabio será que dejemos la discusión para otro momento —la princesa miró a los dos y suspiró—. Debería haber pensado que os uniríais.

—,¿Tienes otra sugerencia, tía?

—Debes cortejarla —dijo ella con una sonrisa—. Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que esa táctica es mejor que la de decirle que estabas equivocado.

—¿Cortejarla?

—Sí. Llévala a París… la ciudad del amor. O mejor aún, a Roma, la ciudad del amor eterno. Sé romántico. Asómbrala proponiéndole matrimonio.

Kamal decidió no contarles que ya lo había hecho y que no había tenido éxito. Deseaba pasar el resto de su vida con ella. La protegería y le daría hijos. Siempre le sería fiel. ¿Por qué una palabra era más importante que todo lo que estaba dispuesto a hacer por ella?

—¿Es así como un hombre corriente conseguiría casarse con ella?

—No creo que un hombre corriente lo consiguiera —dijo el rey.

—Estoy de acuerdo —dijo la princesa—. He oído que para cortejar se utilizan flores y bombones.

—Creo que las joyas también son buenas. A las mujeres les gustan las joyas, ¿no es así, Farrah?

—Sin duda. Una excelente sugerencia, Gamil. Un brazalete, una gargantilla… O mejor aún, un anillo no te fallará.

—Yo tengo anillos —dijo el rey—. He estado guardando el que le regalé a la madre de Johara para ella —miró a Kamal—. Pero también tengo el que le regalé a tu madre cuando aceptó a casarse conmigo. Es una esmeralda preciosa —dijo con orgullo.

—¿Los hombres corrientes no le regalan brillantes a su prometida? —preguntó Kamal.

—No tengo referencias sobre la vida corriente. ¿Por qué es tan importante para ti? —le preguntó su padre.

—Porque Ali dice que quiere casarse con un hombre corriente. Si voy a convencerla para que se case conmigo, es lo que debo ser.

—Comprendo. Entonces, flores, bombones y un pequeño brillante será lo mejor —dijo su tía.

Kamal sintió de nuevo la desconcertante incertidumbre, pero no le dio importancia. Con un poco de suerte, le demostraría a Ali que era como cualquier otro hombre. Cuando lo consiguiera, podría convencerla para que dijera que sí por segunda vez.

Desde luego, el fracaso no estaba contemplado en su objetivo.

Capítulo 12

PARECE que alguien le haya cortado las orejas a tu estetoscopio favorito.

Ali se dio la vuelta en la cola de la cafetería del hospital. Crystal Hassan estaba detrás de ella con una taza de té. Ali había terminado de trabajar y quería comprar algo para llevarse a casa. Tenía que descansar para al día siguiente poder enfrentarse a Kamal en la reunión del Comité de Calidad.

Decidida a no salir huyendo, ya había asistido a una reunión y le había costado más de lo que imaginaba. Estar en la misma habitación que él y tratar de ocultar sus sentimientos era agotador. Sonrió a Crystal.

—Hola. ¿Has venido a una revisión?

—No. He venido a ver a mi secretaria. Acaba de tener un bebé.

—Cielos. ¿Es que todas las mujeres del país están embarazadas?

—Deberías saberlo mejor que yo. Y no trates de eludir el tema. ¿Por qué parece que sea el peor día de tu vida?

—¿De veras tengo tan mal aspecto?

—No —Ali sabía que Crystal estaba mintiendo. Creía que había sido capaz de ocultar sus sentimientos, pero estaba claro que no era así—. Esta mañana, durante el desayuno, la princesa Farrah insinuó que Kamal iba a anunciar pronto quién es su prometida.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Supuse que querrías saberlo.

—No voy a decirte lo que pasa cuando uno supone cosas. ¿Pero por qué crees que a mí me interesa saber que está comprometido?

—Vamos, Ali. ¿Crees que nadie se ha dado cuenta de cómo lo miras?

—¿Y que hay de cómo me mira él a mí?

—Eso también. Hasta un ciego podría darse cuenta de que está enamorado de ti. Vamos a sentarnos —Ali asintió y pagó las consumiciones. Después se dirigieron a una mesa—. Entonces, cuéntame ¿qué hay entre vosotros dos?

—Nada. Y lo digo en serio.

—Pero habría jurado que el romance estaba cuajando.

—¿Te ha dicho la princesa Farrah quién es la prometida?

—No. Y suponía que tú tendrías algo que decir al respecto.

—Ya estas suponiendo otra vez.

—Es lógico, dado lo que veía entre vosotros. Estás enamorada de él, ¿verdad?

Ali asintió.

—Pero él es el clásico hombre que tiene fobia al compromiso.

—No lo comprendo. Habría jurado que estaba enamorándose de ti.

—Eso parecía.

—Hay algo extraño. Esta mañana la princesa Farrah nos preguntó a Penny y a mí sobre las prácticas de cortejo de los hombres corrientes.

—¿Por qué?

—Porque Penny y yo somos las chicas corrientes que se han casado con hombres de la familia real. Supongo que somos su mejor fuente de investigación y las únicas que podemos saber qué hace un chico corriente para cortejar a una mujer.

—No. Quería decir ¿para qué quiere tener esa información?

—Supongo que porque Kamal va a cortejar a alguien.

—Que le vaya bien.

—No lo comprendo —dijo Crystal—. Pensé que ibas a luchar por él.

—¿Cómo iba a hacerlo? No tengo armas para luchar contra él. Soy una mujer corriente que sólo tiene relaciones con hombres corrientes.

—En eso no estoy de acuerdo, porque Penny y yo somos bastante corrientes, pero nos enamoramos. Y curiosamente, los hombres de nuestros sueños también se habían enamorado de nosotras.

—Sólo por curiosidad. ¿Qué le habéis dicho a la princesa Farrah acerca de los rituales del hombre corriente?

—Le contamos nuestras experiencias en la bolera y en las pizzerías de la ciudad.

—Sois malas —dijo Ali soltando una carcajada. —Sí. Al principio nos tomó en serio, pero enseguida se dio cuenta de que bromeábamos.

—¿Y qué le dijisteis?

—Que un hombre nunca se equivoca si regala flores, bombones o joyas.

—¿Qué dijo la princesa?

—Que el rey y ella le habían dicho lo mismo a Kamal.

—Use la táctica que use, estoy segura de que la mujer se rendirá a sus pies.

—Es probable. Además, no ser corriente, es otra característica que los Hassan tienen en común. Por cierto, tengo que irme. Mi esposo y yo tenemos planeada una velada romántica. Cuídate, Ali.

—Tú también.

—Ah, y creo que deberías luchar por él. Habla con Kamal y dile cómo te sientes.

Ali observó alejarse a la otra mujer. Envidiaba a Crystal, era una mujer que tenía un hombre que la adoraba. Penny también le caía muy bien. Durante unas horas, había disfrutado de la idea de convertirse en su cuñada. Pero no podía seguir el consejo de Crystal. Kamal ya sabía cómo se sentía y eso no cambiaba nada.

Él no podía amarla.

Ali abrió la puerta de su apartamento y guardó la comida en la nevera. La conversación con Crystal la había dejado desanimada. Tenía que cambiarse de ropa y buscar algo que hacer por la tarde. Tenía una estantería llena de novelas de amor que podía leer. Llamaron a la puerta y se sobresaltó.

«¡Kamal!», pensó, y se disgustó al ver que deseaba que él apareciera por allí.

—¿Quién es? —preguntó, deseando oír la voz de Kamal.

—Tengo una entrega para usted.

Sin quitar la cadena, abrió la puerta. Un hombre la esperaba con un ramo de flores.

—Debe de ser un error —dijo ella. —¿Es usted Ali Matlock? —

Sí, pero…

Él hombre miró a su ayudante que estaba detrás

y dijo:

—Trae el resto.

Ali abrió la puerta del todo.

—¿El resto de qué?

—Hay más flores —dijo él, y entró para dejar el enorme ramo.

—¿Pero quién las envía? —el hombre hizo gestos para que entraran los tres hombres que lo ayudaban. Todos iban cargados con grandes arreglos florarles—. ¿Hay alguna tarjeta?

Sin darle una contestación, se marcharon de allí. Al instante, regresaron con más flores. Por último, el hombre dejó una docena de rosas rojas sobre la mesa de café.

—Aquí está la tarjeta —dijo, le entregó un pequeño sobre y salió del apartamento.

—Espere. Déjeme que le dé una propina por tanta molestia.

—Ya se han ocupado de ello —hizo una reverencia y se despidió —. Que tenga un buen día.

Ali sacó la tarjeta del sobre y leyó:

La belleza de estas flores no es nada comparada con tu encanto. Kamal

Se quedó de piedra y sintió que le temblaba el cuerpo. Antes de que pudiera sentarse, llamaron a la puerta otra vez.

—Kamal —suspiró.

Se apresuró a abrir y se encontró con un hombre que no había visto nunca.

—¿Señorita Ali Matlock?

—Sí —dijo ella.

—Tengo un paquete para usted —le entregó una caja dorada.

—¿Qué es?

—Una caja de cinco libras del mejor chocolate suizo. El príncipe ha encargado que la trajeran en avión especialmente para usted. Ha llegado hace un rato.

Flores y bombones. ¿Qué diablos estaba sucediendo? El hombre se volvió para marcharse y Ali lo llamó:

—Espere, déjeme que le dé una propina.

—Ya se han ocupado de ello.

—Gracias —dijo ella.

—De nada. Que tenga un buen día.

Ali cerró la puerta y se apoyó en ella. ¿Qué pretendía Kamal? Era evidente que tenía un plan. ¿Pretendía comprarla? ¿Para tener una aventura? ¿O intentaba sobornarla para que no le exigiera su amor?

Al oír que llamaban de nuevo, se puso nerviosa. Esa vez, Kamal estaba en la puerta con una caja en la mano.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo ella, y se quedó mirándolo.

—¿No tienes nada que decir?

—Me he quedado sin habla —dijo Ali.

—Una cosa como ésa debería declararse fiesta nacional. Me encargaré de ello —dijo con una sonrisa.

—Muy gracioso.

—¿Puedo pasar?

—No estoy segura de que quepas.

—Excelente —dijo él, y entró en el apartamento. —¿Te apetece un bombón? Acaban de traerlos de Suiza.

—Yo he dado la orden —dijo confuso—. ¿Estás disgustada?

—No sé cómo me siento —contestó ella. Señaló la caja que él tenía en las manos—. No me lo digas. Hay joyas ahí dentro.

—Sí —dijo con orgullo—. Las joyas reales —dejó la caja sobre un taburete y la abrió. En su interior, sobre una capa de terciopelo negro, había una diadema de brillantes, una gargantilla de perlas y zafiros, un brazalete de esmeraldas y unos pendientes de rubíes—. Esto es sólo una pequeña parte de la colección.

—Yo… Yo…

—¿Has vuelto a quedarte sin habla? —cuando asintió, él preguntó—. ¿Cómo sabías que esto eran joyas?

—Flores, bombones y joyas… la clave de un gesto romántico.

—Así es.

Ali inhaló el fuerte aroma de las flores y miró a Kamal.

—No lo comprendo.

—¿Las flores no te gustan?

—Claro que me gustan. Me encantan las flores.

—Entonces, son los bombones. Dime cuáles son tus favoritos y

los mandaré traer —la miró—. ¿Sigues enfadada?

—Ya estamos con esa clase de pregunta otra vez. Si digo que sí, seré una desagradecida. Si digo que no, estaré mintiendo. Supongo que lo mejor será decirte que no sé cómo me siento. No sé qué pensar. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que te cases conmigo —señaló las joyas—. Esto pertenecerá a la mujer que se convierta en mi esposa.

—¿Estás intentando comprarme?

—No comprendo cómo puedes pensar tal cosa.

—¿De qué va todo esto? ¿Qué estás haciendo?

—Te estoy cortejando. ¿No es evidente? —se cruzó de brazos—. Me han dicho que esto es lo que hace un hombre corriente cuando intenta conseguir a la mujer de sus sueños.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi padre y mi tía Farrah. Y he leído algo sobre el tema en Internet.

Era evidente que se había tomado la molestia de averiguarlo en lugar de hacer una llamada para que lo hicieran por él. Eso hizo que Ali lo quisiera aún más. Pero no era suficiente.

—¿Qué es lo que sientes por mí?

—En el estudio decían que la mayor parte de las mujeres quedan satisfechas con ciertas muestras de cariño. Es más creíble lo que hace un hombre que lo que dice.

—¿Demostrar y no decir? —Exacto.

Ali respiró hondo. Estaba en un punto de no retorno. Si lo rechazaba, no tendría una tercera oportunidad. Kamal era un hombre orgulloso. Un hombre bueno. Pero no volvería a pedírselo. Y ella no podía aceptarlo si él no la amaba.

—Kamal, quiero que sepas que te quiero mucho —él fue a agarrarla de la mano, pero ella la retiró—. No. Deja que termine. Mi padre no me quería. Nunca me lo dijo y todo lo que hacía dejaba claro que yo no le importaba. Eligió una esposa mejor y formó una familia mejor.

—Es un idiota.

—Después, Turner hizo lo mismo, y después de salir varios años, eligió a una mujer mejor para que fuera su esposa. Te quiero —le dijo—, pero no puedo casarme contigo a menos que me convenzas de que soy la única mujer que hay para ti. Necesito que me lo digas.

—No estoy acostumbrado a ese tipo de cosas —dijo él, y se pasó los dedos por el cabello.

—Ya lo he notado.

—He conocido muchas mujeres. No lo digo para hacerte daño, es la verdad. Muchas salían conmigo por sus propios propósitos. Ninguna me pareció aceptable.

—Ya.

—Hay más. Como sabes, deseo ser un rey sabio y fuerte para mi pueblo. He hablado de esto con mi padre y me ha asegurado que es posible gobernar un país y estar junto a una mujer. Es más, dice que es recomendable hacerlo.

—¿Así que has decidido que el amor no es una debilidad?

—Podía haber elegido entre muchas mujeres —dijo esbozando una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Deseas que te diga que te quiero, pero tengo muy poca práctica con esa palabra —le agarró las manos y la miró a los ojos —. Sin embargo, puedo decirte que eres única entre todas las mujeres que he conocido. Eres especial. Has tocado un lugar dentro de mí que nadie había tocado antes. Sin ti, mi vida no tendría sentido. Cuando te alejaste de mí, te llevaste la luz y el calor contigo. Mi mundo está vacío sin tu risa y alegría, sin tu apoyo y tus consejos. Me has dado mi alma y te has llevado mi corazón. Pero no quiero que te lo lleves sin dejarme el tuyo a cambio. De mi padre he aprendido que si te doy la espalda, me provocaré el peor desastre personal que pudiera imaginar.

—Oh, Kamal.

—No puedo… no quiero perder el amor que me has entregado. Deseo devolvértelo a cambio. Te quiero, Ali. Deseo que seas mi esposa. La madre de mis hijos. Que me hagas el hombre más feliz del mundo.

Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí —susurró.

—¿Era eso lo que deseabas oír? —preguntó él.

—Oh, sí. Nunca haces las cosas a medias, ¿verdad? —miró su apartamento lleno de flores y se rió.

—¿No puedes conformarte con un hombre que no sea corriente?

—Sí, si ese hombre eres tú.

—Prometo hacerte feliz —le acarició la mejilla mojada—. No llores, mi amor.

La besó con ternura y pasión. Cuando se separaron ella contestó:

—No estoy llorando. No exactamente. Es sólo que se me desborda la felicidad.

—Espero que no pienses pasarte llorando el resto de nuestras vidas. Tendrás que acostumbrarte a este sentimiento, porque pienso hacerte feliz cada día.

—Yo haré lo mismo por ti.

Ali se preguntaba si al ganar la lotería se sentía lo mismo. A ella le había tocado la lotería del amor. Sus sueños se habían convertido en realidad, y no se le ocurría nada que pudiera hacerla más feliz y que no fuera casarse con un hombre que la amaba.

Epílogo

KAMAL observó a su hijo de tres días mientras mamaba. La imagen lo hizo experimentar una gran variedad de sentimientos. Gratitud, orgullo, felicidad, pero sobre todo amor. Ali era su esposa, su amiga, y la madre de su hijo. Khadeem. Cuando ella levantó la vista y se percató de su presencia, lo saludó:

—Hola.

—Hola —él se sentó a su lado, en la cama. No quería molestarte.

Le agarró la mano que tenía libre y la besó Después acarició el anillo de esmeralda que indicaba que era su esposa.

—No me has molestado —le apretó la mano y lo miró con amor —. Te echo de menos cuando no estás.

—Y yo a ti. Nuestro hijo es un gran comilón —dijo señalando al bebé que se había quedado dormido.

—Sí. Come mucho y a menudo.

Kamal se fijó en que Ali tenía ojeras. El parto había sido fácil y sin complicaciones, pero todavía tenía que recuperarse.

—Sé que prefieres cuidar de él tú misma, pero…

—Me encanta que te preocupes por mí, pero por favor, no lo hagas. Si necesito ayuda te la pediré —le aseguró.

—Te quiero —dijo él.

—Nunca me cansaré de oírtelo decir.

—Eso es bueno, porque pienso decírtelo a menudo.

Le había costado mucho, pero al fin había aprendido la lección. Kamal seguía los pasos de su padre, pero haría todo lo posible por no cometer los mismos errores. Cuando el rey se retirara unos meses después, él ocuparía el cargo y cuidaría de su pueblo. La vida no tenía garantía y él estaba dispuesto a disfrutar al máximo de su mujer y de su hijo. Y si tenían más, tendría amor suficiente para

repartirlo entre todos.

—¿Quieres sujetarlo? —preguntó ella.

—Sí.

Ali le entregó al pequeño. Sabía que se había acostumbrado a los bebés después de que nacieran las hijas de sus hermanos. Las niñas habían nacido con un mes de diferencia.

Kamal miró a su hijo.

—El resto de la familia ha venido a verlo.

—¿Y a mí qué?

—También. Pero les diré que estás demasiado cansada para recibir visitas.

—No es cierto —protestó—. Quiero verlos a todos. También es mi familia —dijo convencida. La familia real la había recibido con los brazos abiertos y había conseguido que olvidara la soledad que había marcado su vida. Nunca los decepcionaría.

—De acuerdo —se puso en pie con el bebé en brazos—. Están esperando en el salón. Te quiero —le dijo antes de marcharse.

Ali salió de la cama y se puso la bata. Era el tercer día después del parto y se sentía bastante mejor, aunque seguía estando un poco dolorida. Pero la felicidad compensaba el dolor. Su corazón estaba lleno de amor por su marido y su hijo. Kamal la había apoyado mucho durante el embarazo.

Salió al salón. La princesa Farrah estaba en el sofá sujetando al bebé. Rafiq y Penny estaban a su lado con su hija, Fareeza. Al otro lado estaban Crystal y Fariq con Janeen, su nueva hija, y los gemelos de seis años. Hana y Nuri estaban encantados con sus nuevos primos. El rey estaba junto a ellos sonriendo. Se había reconciliado con Johara después de retirarse y tenía pensado ir a Texas para ver a su nieto.

Ali había ganado un marido y un hijo. Tenía hermanos y hermanas, sobrinas y sobrinos.

Kamal se acercó a ella y la agarró por la cintura.

—¿Te has arrepentido alguna vez de dónde te has metido? —le susurró al oído.

—Nunca.

—¿Te he dado las gracias por mi hijo?

Ella pensó en la gargantilla que le había regalado y en la promesa que le había hecho diciéndole que le regalaría otra con el

próximo hijo.

—Sí, lo has hecho.

—Tú y yo gobernaremos el país para la infancia del próximo milenio. ¿Estás preparada?



NOMBRE DEL AUTOR (Su pueblo, Su país, 2013 - Escribe aquí la biografía del autor si la sabes o si crees que la debes poner, que tampoco pasa nada si no la pones.

Si no la pones, te puedes deshacer directamente de esta página.